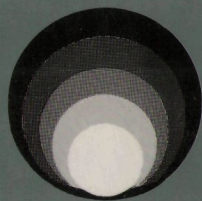


P. Carlos Bazarra

VIVIR LA MISERICORDIA

Una alternativa
a la violencia



Colección "Evangelio con rostro L.A." 5

**VIVIR
LA MISERICORDIA**

Una alternativa a la violencia

EDICIONES PAULINAS H.S.P.

INTRODUCCION

¡A volar!

Los vientos y el Espíritu (Viento también) me han traído a un nuevo rincón del mundo. El Instituto Franciscano de Espiritualidad para América Latina (IFEAL) de Santafé de Bogotá (COLOMBIA) es como el monte Horeb para el anciano Elías; redescubrir el paso del Espíritu en el susurro de una brisa suave (cf. 1R 19,12).

¿Cuáles son los signos del Espíritu en el mundo de hoy?

Me atrevo a afirmar que la espiritualidad cristiana no puede tener otros cauces que los de la misericordia. Que ser cristiano y fiel al Evangelio no es más que entregarse a vivir la misericordia en todas sus dimensiones. Las obras de misericordia no pueden pasar de moda.

Invito a una apasionante aventura: a descubrir, a pensar, a vivir la misericordia.

No es fácil encontrar hoy misericordia por los caminos del mundo. Predomina la crueldad, la miseria, la frialdad. ¿Cómo hemos podido llegar a este extremo?

Al principio no fue así. La humanidad que salió del corazón de Dios era humana, con corazón. "Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien" (Gn 1,31).

Ser humano es tener misericordia. Por eso, podemos afirmar que Dios es verdaderamente humano, aun antes de crear al hombre. Porque tenía esta dimensión de humanidad (rasgos de misericordia) pudo crear al hombre y a la mujer "a su imagen y semejanza" (Gn 1,26).

Primera Edición 1994
ISBN 958-9335-16-0

© Ediciones Paulinas, H. S. P.
Cra. 32A No. 161A-04 - Tels.: 6711298 - 6718974 - 6706424
Fax: 6706378
Santafé de Bogotá, D. C. - Colombia

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Litográficas Calidad Ltda.
Tels.: 2466184 - 2890393 - Fax: 2804096

Pero los hombres nos olvidamos de ser humanos. Perdimos la misericordia. Y caímos en la miseria.

Desde entonces, la historia se va tejiendo con la miseria del hombre y la misericordia de Dios.

La única solución posible para la miseria humana es la misericordia. Pero esto no lo acabamos de comprender. En vez de acudir a la misericordia, pensamos que el remedio es la ley, la disciplina, la dureza del corazón. Inventamos armas para matar. Y la gente muere asesinada, pero el mundo sigue cada vez peor.

El hombre quiere superar la miseria humana con la disciplina. ¿Qué valor puede tener la disciplina para humanizar? Ninguno. Lo inhumano sólo genera más miseria.

En cambio Dios supera la miseria con la misericordia. Por eso Dios se humanizó. Y los humanos nos humanizamos con la misericordia, y cuanto más nos humanizamos, más nos asemejamos a Dios que se humanizó.

La aventura es tomar en serio el tránsito de la crueldad del hombre a la misericordia de Dios.

Es la aventura cristiana de Jesús de Nazaret. Optó por la misericordia, por el perdón, por la solidaridad con los pobres y los pecadores.

Los sacerdotes del Templo habían optado por la disciplina. Y según el dictamen de esa disciplina, había que castigar al transgresor de la disciplina, al quebrantador de la ley. Y consecuentemente lo mataron.

Así son las cosas. Quien opta por la disciplina, mata y crucifica. Deshumaniza. Quien opta por la misericordia, es crucificado, pero da vida y humaniza.

Ante la disparidad de estas dos opciones, Dios se pone al lado del crucificado. Esto quiere decir que Dios también opta por la misericordia, y resucita a Jesucristo.

Ser cristiano es optar por lo que Cristo optó. Por consiguiente ser cristiano es vivir la misericordia. Lo vamos a meditar a lo largo de estas páginas.

En esta altura de mi vida, lo que más me duele es haber pecado contra la misericordia. Cometí muchos pecados pensando en defender la ley. A veces juzgué que el sábado estaba por encima del hombre, cuando Cristo nos enseñó lo contrario (cf. Mc 2,27).

Hoy quiero acusarme públicamente de mi falta de misericordia. "Señor, ten piedad de mí que soy un pecador" (Lc 18,13).

Hoy quiero invitarles a ustedes a vivir esta cautivadora aventura. Nunca se equivoca el que se entrega a vivir la misericordia porque Dios no puede traicionarse a sí mismo, clemente y rico en misericordia.

Son los sentimientos del poeta:

*"Leñador,
no tales el pino,
que un hogar
hay dormido
en su copa.*

*- Señora abubilla,
señor gorrión,
hermana mía calandria,
sobrina del ruiseñor.*

*Ave sin cola,
martín-pescador,
parado y triste alcaraván:
¡a volar,
pajaritos,
al mar!"*

(Rafael Alberti)

No cortes el árbol, hermano, no dejes sin nido al amor. No vayas matando flores ni esperanzas. Que todo sea misericordia, para que amanezca una nueva aurora, y suene la melodía de la humanidad con corazón.

En Santafé de Bogotá, esperando la Pascua de la Evangelización para América Latina (1992).

Carlos Bazarra, OFMCap.

Con lluvia y con sol

Hoy ha estado lloviendo torrencialmente durante todo el día aquí en Bogotá. Las calles se inundaron y el tráfico se puso imposible. Detrás de los cristales de mi ventana, recordé espontáneamente a Macondo, el pueblo de "Cien años de soledad", cuando llovió cuatro años, once meses y dos días.

Cuando llueve mucho y el cielo está encapotado, se hace difícil pensar que el sol volverá a lucir en un cielo límpido y azul.

He abierto la Biblia para leer el pasaje del diluvio. La circunstancia me lo pedía. El ambiente resultaba triston.

Y las páginas sagradas evidencian la miseria humana. Adán y Eva, que quieren ser dioses (Gn 3,5). Caín, que rechaza al hermano menor (Gn 4,8). Y después, "viendo que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal, le pesó a Yahveh de haber hecho al hombre en la tierra" (Gn 6, 5-6). "La tierra se llenó de violencias" (Gn 6,11).

La primera reacción de Dios es el castigo, responder a la violencia con violencia. "Con dolor parirás tus hijos" (Gn 3,16). "Con el sudor de tu rostro comerás el pan" (Gn 3,19). "Vagabundo y errante serás en la tierra" (Gn 4,12). "La tierra está llena de violencias por culpa de ellos. Por eso, he aquí que voy a exterminarlos de la tierra" (Gn 6,13).

Pero ese papel violento no le va al buen Dios. Lo vemos en seguida, cariñosamente, haciendo túnicas de piel y vistiendo al hombre y a su mujer como una madre con sus pequeños (Gn 3,21). Protege a Caín de la amenaza de la venganza, marcándolo con la señal de su amor, aunque es un asesino (Gn 4,15).

Y después del diluvio de cuarenta días y cuarenta noches (Gn 7,12), cuando se diría que era el fin, Dios hizo salir el sol. Su corazón maternal sufre con el castigo: "Nunca más volveré a maldecir el suelo por causa del hombre... ni volveré a herir a todo ser viviente como lo he hecho" (Gn 8,21).

Es el misterio de un Dios arrepentido, que más allá de la miseria humana y del castigo, hace resplandecer su compasión. El arco iris se hará presente en medio de la lluvia como esperanza misericordiosa. "En cuanto esté el arco en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y todo ser viviente" (Gn 9,16).

A través de estos antropomorfismos, se nos quiere revelar el dogma de un Dios que ama y que perdona. Jesús hablará de esta misericordia divina recordándonos que "el Padre celestial hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5,45).

En el retorno cíclico de la estaciones, del tiempo de lluvia y del tiempo de sequía, de la noche y del día, estamos viviendo la experiencia de esta misericordia de Dios Padre. No será la lluvia ni la oscuridad el horizonte último de la existencia. Como la aurora después de las tinieblas nocturnas, amanecerá la vida después de la muerte. "Porque es eterna su misericordia" (Sal 135).

Se hace arduo a veces esperar la aurora mientras dura la oscuridad, o pensar que el sol volverá a brillar mientras diluvia en la calle y en los campos. Se hace duro creer en la vida eterna cuando parece que todo se abate sobre nosotros: las nubes del cielo, la miseria y la crueldad de los hombres, el diagnóstico del cáncer o del sida, la muerte inminente. Jim Morrison, autor del género Rock, escribió desilusionadamente: "Que cancelen mi suscripción a la resurrección".

Yo, desde lo profundo de la miseria humana, me suscribo a la misericordia de Dios. En esta tarde oscura y lluviosa de Santafé de Bogotá, me pongo en las manos del Padre. El mañana, el futuro, es un misterioso secreto para mí. "Pero Dios está en lo secreto" (Mt 6,6). Y si está Dios, también está su misericordia. Jamás lo dudaré.

Sobre la miseria de los hombres y mujeres que quieren ser dioses y matan a sus hermanos; sobre la violencia de toda carne con su conducta viciosa en la tierra (Gn 6,12), siempre amanecerá la misericordia sin fin. La misericordia anula la miseria y la crueldad.

El arco iris siempre ejerció sobre mí una influencia positiva. Y así como en la Biblia la serpiente y el arco iris aparecen abriendo y cerrando el círculo del pecado y del perdón, también en las culturas primitivas aflora un nexo entre ambos símbolos. Con los niños pemones organicé un grupo de oración al que denominé "Okoyimá" (Arco iris). Pero después supe que "Okoyimá" literalmente en pemón significa también "culebra gigante". Así que tuve que hablarles que el buen Dios supo transformar las terribles serpientes venenosas en un hermoso arco iris de paz y serenidad.

También leí en la mitología Catía de la cultura Quimbaya (del año 300 al 1.000 d.C.) que el arco iris es una culebra de colores que come cangrejos y vive en una quebrada escondida. Cuando los cangrejos huyen y tienen muchísima hambre, se levanta y se arquea buscando algo para comer.

Otra leyenda Quimbaya dice que hace muchísimo tiempo llegó un hombre cargado de regalos. Vino en el arco iris, se bajó, entregó los regalos, se montó otra vez en el lomo del arco iris y desapareció.

El arco iris es como un letrero luminoso con el que Dios anuncia en todas las lenguas y a todos los pueblos que nunca más habrá otro diluvio. Que jamás triunfará la miseria sobre la misericordia.

En las tardes lluviosas, tú y yo tomaremos nuestros lápices de colores y nos pondremos a pintar en una hoja en blanco de nuestro cuaderno un hermoso arco iris. Para que en nuestros corazones renazca la esperanza aunque llueva y aunque sea de noche.

¿Pecadores y enfermos?

El descubrimiento del SIDA supuso un gran movimiento sísmico en todos los estratos de nuestro mundo, y especialmente en ciertos ambientes marginales. La muerte del actor Rock Hudson afectado por este mal, causó enorme sorpresa en la opinión pública. Desde entonces algunos vienen considerando la enfermedad del sida como el castigo de Dios al pecado del homosexualismo. He oído y leído el juicio peyorativo de ciertos eclesiásticos que dicen negar la absolución a los afectados por el síndrome de inmunodeficiencia adquirida. "Son pecadores nefastos y vitandos".

Gracias a Dios hoy está demostrado que no son sólo las relaciones sexuales promiscuas, sino otras causas inocentes, como una transfusión de sangre, una aguja de inyecciones infectada, etc... las que pueden propagar el virus. El número de personas que padecen esta indefensión frente a los agentes externos, aumenta de año en año, incluso en niños recién nacidos. El riesgo de contagio puede afectar a cualquier mortal. Ultimamente el gran deportista norteamericano Magic Johnson tuvo que retirarse del baloncesto por este motivo.

Cuando leo los juicios condenatorios a los enfermos del sida, siempre recuerdo la pregunta de los Apóstoles a Jesucristo: "¿Quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego? Respondió Jesús: Ni el pecó ni sus padres; es para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Jn 9, 2-3).

Dios deshace la relación que tan propensos somos a establecer: pecado y enfermedad. Jesús encuentra por el contrario en la enfermedad la posibilidad de la gracia y de la misericordia.

Es lo que ocurría antiguamente con la lepra. El leproso, además de enfermo, era un marginado de la sociedad. "El afectado por la lepra llevará los vestidos rasgados y desgreñada la cabeza e irá gritando:

¡Impuro, impuro! Todo el tiempo que dure la llaga, quedará impuro. Es impuro y habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada" (Lv 13, 45-46). Hoy marginamos también a los enfermos de sida, como antaño a los leprosos.

No sé por qué, leyendo la Biblia, he recordado todo esto del sida con relación al suceso de Sodoma y Gomorra. ¿Serían los habitantes de los dos pueblos, enfermos por sus pecados de homosexualidad? ¿Sería el sida la fuerza destructora de aquellas dos ciudades? No quiero forzar el texto, que para nada menciona esta enfermedad. Claro que entonces este mal no era conocido específicamente, pero podía ya existir en diversas manifestaciones. Por eso permítaseme una aplicación a esta realidad de nuestros días.

Es Abrahán, con su proceder, el que nos está descubriendo el corazón misericordioso de Dios. El Señor se revela a través del hombre, en ese diálogo en que Yahveh permite y aun estimula la solidaridad humana. Casi podríamos decir que el diálogo Dios-Abrahán es un reflejo del diálogo intratinitario en que el Hijo intercede ante el padre en favor de sus hermanos. Dice Abrahán: "¿Vas a borrar al justo con el malvado? ¿No perdonarás aquel lugar por los 50 justos que hubiere dentro? Tú no puedes hacer tal cosa: dejar morir al justo con el malvado... Tú no puedes. El juez de toda la tierra ¿va a fallar una injusticia? Dijo Yahveh: Perdonaré a todo el lugar por amor de aquellos cincuenta" (Gn 18, 23-26).

Abrahán se adelantó al tiempo futuro. La gente considerará a Dios como un ser sin entrañas e inmisericorde. Moisés le dirá: "Castigas la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos hasta la tercera y cuarta generación" (Ex 34,7). El mismo Dios nos sorprende afirmando: "Yo Yahveh tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian" (Dt 5,9).

Pero nos encontramos en un proceso pedagógico en el que Dios nos va preparando para la revelación de su condición compasiva. "No morirán los padres por culpa de los hijos, ni los hijos por culpa de los padres. Cada cual morirá por su propio pecado" (Dt 24,16).

Cuando lleguen los grandes profetas de Israel insistirán en la responsabilidad personal, con la que la misericordia divina va desplazando

el castigo de los inocentes. "En aquellos días no dirán más: Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera; sino que cada uno por su culpa morirá: quien quiera que coma el agraz tendrá la dentera" (Jr 31, 29-30).

La misma semejanza usa Dios por medio del profeta Ezequiel: "¿Por qué andan repitiendo este proverbio en la tierra de Israel: Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren la dentera? Por mi vida, oráculo del Señor Yahveh, que no repetirán más este proverbio en Israel. Miren: todas las vidas son mías, la vida del padre lo mismo que la del hijo, mías son. El que peque es quien morirá" (Ez 18, 2-4).

Algo va quedando en claro: los inocentes no deben ser castigados por pecados ajenos. Y las enfermedades no siempre son efecto de una vida desordenada. Con frecuencia tienen sentido "para que se manifiesten las obras de Dios" (Jn 9,3).

Dentro de este marco adquiere plena significación la intervención de Abrahán en favor de los sodomitas: desde el convencimiento de que Dios es profundamente misericordioso. "No se enfade mi Señor, que ya sólo hablaré esta vez: ¿Y si se encuentran allí sólo diez justos?". Dijo: "Tampoco haría destrucción, en gracia de los diez" (Gn 18,32).

El planteamiento no debe ser la condenación de los pecadores, sino encontrar quien solidarizándose con los injustos, los redima desde su justicia. Abrahán no se atrevió a seguir insistiendo, pero sabemos que a lo largo de la historia hubo alguien que rebajó la cuenta hasta llegar a uno solo: Jesús de Nazaret. "A quien no conoció pecado, lo hizo pecador por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él" (2Co 5,21).

Todos somos pecadores: "Si decimos: No tenemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros" (1Jn 1,8). No tenemos derecho ni nos conviene condenar a nadie. Lo propio es seguir la práctica de Dios, la misericordia. Dios fue más misericordioso que Abrahán. El patriarca creyó correcta la proporción de diez justos por todos los habitantes de Sodoma y Gomorra. Dios estableció una proporción inmensamente superior: toda la humanidad por uno solo.

En nuestro mundo está creciendo a grandes pasos el número de enfermos de sida, leprosos marginados en una sociedad hipócrita. Su

enfermedad no es evidencia de pecado. Los sanos también somos pecadores. ¿Dónde está la misericordia? Nos creemos mejores si asumimos una actitud condenatoria. Quiero protestar. En los albores de la humanidad Abrahán nos señaló la senda a seguir. Hoy se le acusa de debilidad, de fomentar el pecado.

Las dictaduras, las ultraderechas, los nazismos de todo tipo han optado por la dureza en contra del hombre y reniegan de la misericordia. Nos citan a Nietzsche:

"¿Por qué eres tan duro? preguntó un día el carbón de cocina al diamante. ¿No somos parientes muy próximos?"

¿Por qué son tan flojos, hermanos? Si no quieren ser inexorables, ¿cómo podrán un día vencer conmigo? Lo más duro es lo más noble. Hermanos míos, sigan este consejo: En adelante sean duros" (F. Nietzsche, El crepúsculo de los ídolos, "Habla el martillo").

Son metáforas que de suyo no constituyen argumentos decisivos, pero siguiendo en el terreno de los mismos símbolos podemos hacer otra aplicación edificante: El diamante en su dureza es la expresión del egoísmo, de la insolidaridad, del exclusivismo y de la indiferencia. Mientras que el carbón vulgar es el gesto fraterno de quien se deja quemar para dar calor y vida. El diamante es frialdad; el carbón es fuego y alegría de la gente en torno al hogar.

Quizás lo fácil sea un espíritu mezquino. Quizás lo difícil sea tener un corazón grande, con inmensa capacidad de perdón y misericordia.

Cuando veas a un enfermo, leproso, canceroso o de sida, no te apresures a condenarlo. Tiéndele tu mano. No hay duda de que es Cristo: "Cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron" (Mt 25,40).

Y cuando tú llegues a experimentar la enfermedad, no te faltará el corazón misericordioso que mitigue tu dolor.

Un camino de libertad

En la entrada del Museo de Oro en Bogotá se puede leer un texto mitológico colombiano:

“Nuestro modo de vivir no es duro como la piedra. Es como la vista penetrante de un cristal que traspasa. Así son nuestros hermanos y así son nuestros hijos.

La estabilidad de un horcón no perdura, pero la bondad y el calor del sol sí perdura, porque tenemos su cristal en nuestro ser”.

El horcón, me han dicho que es el tronco que se fija en el suelo y sobre el cual se asientan las vigas de una choza indígena. Con el tiempo el horcón se pudre y hay que cambiarlo por otro nuevo.

Los indios experimentaron esta verdad profunda: el comején acaba con el horcón, pero no puede destruir la bondad del corazón. Coincidencia total con el mensaje evangélico: “No amontonen tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonen más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6, 19-21).

El corazón es el punto direccional. Tener corazón es lo que define la humanidad. La falta de corazón nos deshumaniza. La riqueza, el dinero, el diamante, endurecen el corazón. Es entonces cuando, en vez de corazón, una piedra dirige nuestra actividad. Dios no comparte ese punto de vista: “Les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne” (Ez 36, 26-27).

Las diferentes actitudes que se toman en la vida frente a unos mismos problemas, dependen de la disposición del corazón. Un ser insensible se encoge de hombros ante el sufrimiento de otro. Una persona compasiva viendo sufrir a uno, experimenta un cambio, se altera (en el sentido etimológico de la palabra), es decir, se vuelve hacia el otro para aliviarle. La miseria le pone en movimiento hacia la misericordia. Se pasa del egocentrismo hacia la alternancia. Esto nunca lo da la dureza sino la sensibilidad.

Los filósofos se han imaginado a Dios como un ser autosuficiente y, por consiguiente, insensible de cara a los padecimientos de la criatura. Porque es Dios, no puede rebajarse. El hombre, porque es imperfecto, se sensibiliza frente a las penas. Es débil. Pero Dios no. Es el “Inmóvil”, imperturbable.

En cambio Dios mismo se nos revela de diferente manera. Precisamente porque es Dios, supera al hombre en compasión. “Mi corazón está en mí trastornado y a la vez se estremecen mis entrañas. No daré curso al ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraín, porque soy Dios y no hombre” (Os 11, 8-9).

Hay un pasaje significativamente fundamental en el Antiguo Testamento. Aquel en que Moisés se encuentra ante la zarza ardiendo. Podríamos decir que Dios revela su nombre y su corazón. Nombre y corazón son una misma cosa, es la persona en su integridad.

“Dijo Dios: Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena... Así pues, el clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen” (Ex 3, 7-9).

Dios nos descubre su corazón. Hay que descalzarse, “quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada” (Ex 3,5). Hay que despojarse de nuestros prejuicios, de nuestra autosuficiencia. Hay que empobrecerse, hacerse débil, humanizarse.

A continuación va a revelar su Nombre. Es un momento trascendental en la historia veterotestamentaria. “Cuando me pregunten: ¿Cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? Dijo Dios a Moisés: Yo soy el que soy” (Ex 3, 13-14).

No quiero cansar al lector con todo lo que se ha escrito sobre el nombre de Yahveh. Simplemente resumiría diciendo que no es un nombre metafísico, sino de cercanía y solidaridad. "Yo estaré contigo" (Ex 3,12) le acaba de decir a Moisés. Es lo que más tarde dirá al profeta: "He aquí que una doncella está encinta, y va a dar a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel" (Is 7,14). Se realizará históricamente cuando la virgen María conciba a Jesús. El evangelista revivirá el recuerdo de las palabras proféticas traduciendo para nosotros: "le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros" (Mt 1,23).

Dios ha revelado su corazón y su nombre. Es toda una realidad de misericordia, de cercanía, de humanidad. A nuestro modo de hablar, Dios es humano en su intimidad trascendente, y se hará humano en nuestra historia inmanente.

¿Qué es lo que lo ha alterado, vuelto hacia nosotros? Nuestra miseria, física y moral. Asume un proyecto de liberación: "He bajado para liberarle de la mano de los egipcios" (Ex 3,8). "El salvará al pueblo de sus pecados" (Mt 1,21).

La liberación sólo puede brotar de un corazón compasivo, como el de Dios. Nunca brotará de un corazón endurecido, como el del Faraón. La Biblia lo repite: "El corazón del Faraón se endureció" (Ex 7, 13.22; 8,15).

Y es que ante una misma situación de miseria, el corazón endurecido sólo pensará en sacar ventajas personales, en seguir su enriquecimiento, en mantener la opresión.

El camino de la liberación tiene su punto de arranque en un corazón compasivo. La sensibilidad hacia los pobres, la opción por los empobrecidos, sólo es posible en un corazón grande donde quepan los desheredados de la tierra.

El camino de la liberación sólo se puede recorrer con la misericordia del corazón. Yahveh se lo estará recordando constantemente al pueblo liberado de Egipto:

"No maltratarás al forastero, ni le oprimirás, pues forasteros fueron ustedes en el país de Egipto. No vejarás a viuda ni a huérfano.

Si le vejas y clama a mí, no dejaré de oír su clamor... Si tomas en prenda el manto de tu prójimo, se lo devolverás al ponerse el sol, porque con él se abriga; es el vestido de su cuerpo. ¿Sobre qué va a dormir, si no? Clamará a mí, y yo le oiré, porque soy compasivo" (Ex 22, 20-26).

"No oprimas al forastero; ya saben ustedes lo que es ser forastero, porque forasteros fueron ustedes en la tierra de Egipto" (Ex 23,9).

"Si hay junto a ti algún pobre de entre tus hermanos... no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, sino que le abrirás tu mano y le prestarás lo que necesite para remediar su indigencia" (Dt 15, 7-8).

"Si tu hermano hebreo, hombre o mujer, se vende a ti, te servirá durante seis años, y al séptimo le dejarás libre... Recordarás que tú fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahveh tu Dios te rescató. No se te haga demasiado duro el dejarle en libertad..." (Dt 15, 12-18).

Es cierto. Tenemos demasiado miedo a la libertad y nos consideramos más poderosos cuando oprimimos, cuando dominamos, cuando hacemos uso del autoritarismo. El autoritarismo es una forma de camuflar nuestra falta de autoridad moral. Jesús desenmascaró esta hipocresía cuando dijo a sus seguidores: "Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; nada de eso entre ustedes..." (Lc 22, 25-26).

El camino de la libertad atraviesa las grandes estructuras sociales, políticas, económicas... pero también transcurre a través de las relaciones familiares y domésticas, entre religiosos superiores y súbditos, entre formadores y formandos, entre el clero y el laicado. El camino de la libertad hay que transitarlo en todos los niveles de la vida, porque la misericordia debe abarcarlo todo: al pobre, al anciano, al niño, al enfermo, a la hormiga, a la flor, al agua del manantial.

Nos quejamos del mundo que nos toca vivir: guerrilla, robos, asesinatos, secuestros. ¿Qué podemos hacer nosotros, pobre gente sin influencia social ni política, para cambiar al mundo? Comencemos por lo más elemental: sembrar misericordia.

¡Pobres los pobres!

No podemos hablar de libertad sin tener en cuenta a los pobres de nuestra sociedad. ¿Es una guerra perdida de antemano? Se aduce el versículo de Juan: "Pobres siempre tendrán con ustedes" (Jn 12,8). ¿Pero qué quiere decir Jesús? ¿Es su voluntad que existan pobres o es una triste constatación? Por otra parte el versículo citado también añade: "A mí no siempre me tendrán". ¿Cristo no estará siempre con nosotros? ¿No dice en otro lugar: "Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo"? (Mt 28,20).

La presencia de Cristo y a la vez su ausencia son comprensibles desde ángulos diferentes. Una presencia espiritual siempre es posible, aunque él haya desaparecido física y corporalmente, como vivimos todos los seres humanos terrestres.

Pobres siempre habrá por la malicia humana, no por voluntad de Dios. Y si realmente lográramos superar la malicia con la misericordia, entonces la pobreza dejaría de ser un estigma de la humanidad.

Me temo que pobres siempre los tendremos, porque nunca desaparecerá definitivamente la malicia humana; el egoísmo lo llevamos en la sangre. Por eso no nos exime, por parte del Señor, de combatir la pobreza. No es el éxito lo que Dios nos exige, sino el trabajo. ¿Qué estamos haciendo para combatir la pobreza?

Hay quienes piensan que el único modo de luchar contra la pobreza es ir por ahí matando pobres. Algunos ejercitan el tiro al blanco (o al negro) disparando sobre mendigos y pordioseros. Es frecuente encontrar sus cadáveres debajo de los puentes donde malvivían, o en las quebradas de aguas sucias. La periodista colombiana Silvia Galvis

escribía no hace mucho: "Cada vez que un gobierno anuncia que terminará con la pobreza, termina con los pobres. ¿Cuántos muertos - generalmente indigentes- aparecen cada día en Bogotá, Cali, Medellín, ahora mismo cuando el Presidente anuncia el plan de la Revolución Pacífica?".

La exigencia evangélica es la opción por los pobres. Ya uno se avergüenza de citar los documentos de Medellín y Puebla, por manoseados. Para muchos, han llegado a ser sospechosos de marxismo. En realidad es que estamos endurecidos y consideramos la misericordia como una debilidad frente a la miseria. Hay que ser duros, se dice.

Vengamos a la Biblia, que afortunadamente se escribió antes de que existiera Karl Marx. Noé, Abrahán, Moisés, nos han hablado ya de la misericordia como praxis divina y humana. Todavía hay otros tipos bíblicos que corroboran cuanto hemos dicho. Tobit es una figura interesante. Ya ciego, habla a su hijo Tobías y le aconseja para enfrentarse a la vida:

"Haz limosna con tus bienes... No vuelvas la cara ante ningún pobre y Dios no apartará de ti su cara. Regula tu limosna según la abundancia de tus bienes. Si tienes poco, da conforme a ese poco, pero nunca temas dar limosna, porque así te atesoras una buena reserva para el día de la necesidad. Porque la limosna libra de la muerte e impide caer en las tinieblas. Don valioso es la limosna para cuantos la practican en presencia del Altísimo" (Tb 4, 7-11).

Más tarde será el ángel Rafael quien hablará a Tobit y a Tobías para ratificar la importancia de la solidaridad con los pobres: "Buena es la oración con ayuno; y mejor es la limosna con justicia que la riqueza con iniquidad. Mejor es hacer limosna que atesorar oro. La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los limosneros tendrán larga vida" (Tb 12, 8-9).

Yo traduciría la palabra "limosneros" por la radical de "misericordiosos" y en todos estos párrafos "limosna" por "solidaridad" o "misericordia". No es falsear el pensamiento del libro de Tobías sino darle profundidad. Pablo aclara esto cuando escribe: "Aunque repartiera

todos mis bienes (a los pobres) y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha" (1Co 13,3). Lo que da autenticidad a la limosna es la misericordia, el amor, no la vanagloria como a veces puede darse.

Otro personaje, aunque sólo sea simbólico, es Job. El libro hay que leerlo con atención, porque su lectura no resulta diáfana. Pero lo que interesa a nuestro objetivo es lo siguiente: Job, aunque se consideraba pecador, como todo hombre "si me creo justo, su boca me condena" (Jb 9,20), sin embargo reconoce que su vida ha transcurrido por cauces de honradez y solidaridad. Si Dios permite su enfermedad, no es por castigo sino, como diría Jesús, "para que se manifiesten en él las obras de Dios" (Jn 9,3).

La apología que Job hace de sí mismo se basa en las relaciones interhumanas, y concretamente con los pobres: "Yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía valor. La bendición del moribundo subía hacia mí, yo alegraba el corazón de la viuda. Me había puesto la justicia, y ella me revestía, mi derecho como manto y turbante. Era yo los ojos del ciego, y del cojo los pies. Era el padre de los pobres, examinaba la causa del desconocido" (Jb 29, 12-16).

En este terreno es donde Job quiere ser juzgado: "Si he menospreciado el derecho de mi siervo o de mi sierva, en sus pleitos conmigo, ¿qué podré hacer cuando Dios se levante? Cuando él investigue, ¿qué responderé? ¿No los hizo él, igual que a mí, en el vientre? ¿No nos formó en el seno uno mismo?... ¿Me he negado al deseo de los débiles? ¿Dejé desfallecer los ojos de la viuda? ¿Comí solo mi pedazo de pan, sin compartirlo con el huérfano?... ¿He visto a un miserable sin vestido, a algún pobre desnudo, sin que en lo íntimo de su ser me bendijera, y del vellón de mis corderos se haya calentado?... ¿He hecho del oro mi confianza, o he dicho al oro fino: Tú, mi seguridad?... El forastero no pernoctaba a la intemperie, el caminante tenía abierta mi puerta" (Jb 31, 13-32).

Otra vez la misericordia hace acto de presencia y da razón del bien obrar. Los pobres deben ser un cuestionamiento a todo intento de religiosidad inmisericorde. La espiritualidad o es misericordia o no es espiritualidad.

Los indígenas descubrieron que el ser humano cuando pierde el corazón, se animaliza. Surge la hostilidad dentro de la creación: uno contra otro, todos contra todos. La serpiente es siempre tema de reflexión, por su arrastrarse por el suelo, por su alevosidad. En la mitología Paez narran esta leyenda:

"Hace mucho tiempo las aguas del río trajeron a un cacique. Venía cubierto de bejucos. La gente de la orilla lo sacó y empezó a quitarle los bejucos que enredaban su cuerpo. Eso no debía hacerse pero no lo sabían. Era demasiado pronto para quitarle los bejucos y por eso el cuerpo del cacique empezó a sangrar... Al verlo sangrar así lo metieron en una hamaca para curarlo. Al otro día fueron a buscarlo pero el hombre se había ido. Por más que lo buscaron, no pudieron encontrarlo.

Cuando el hombre se bajó de la hamaca, ya no era un hombre. Se había convertido en serpiente.

Su madre, que todo lo veía, se enojó y le dijo: Hijo, ¿qué haces convertido en serpiente? Vuelve otra vez a tu cuerpo de hombre.

El cacique trataba y trataba de volver a su cuerpo, pero no lo encontraba y, avergonzándose, se fue a un lugar apartado donde terminó de crecer. Cuando la serpiente estuvo grande, salía a las aldeas, persiguiendo a los hombres para comérselos.

Los hombres tenían miedo. Estaban preocupados. Sabían que la serpiente era un enemigo terrible. Decidieron entonces construirle una pesada trampa.

Un día, cuando la serpiente bajaba despreocupada a buscar alimento, cayó en la trampa. La trampa partió a la serpiente en dos partes. La parte de la cabeza cayó en el norte y la parte de la cola cayó al sur.

La parte de la cola decía así: - Si todavía tuviera la cabeza, iba y me comía a los hombres del norte.

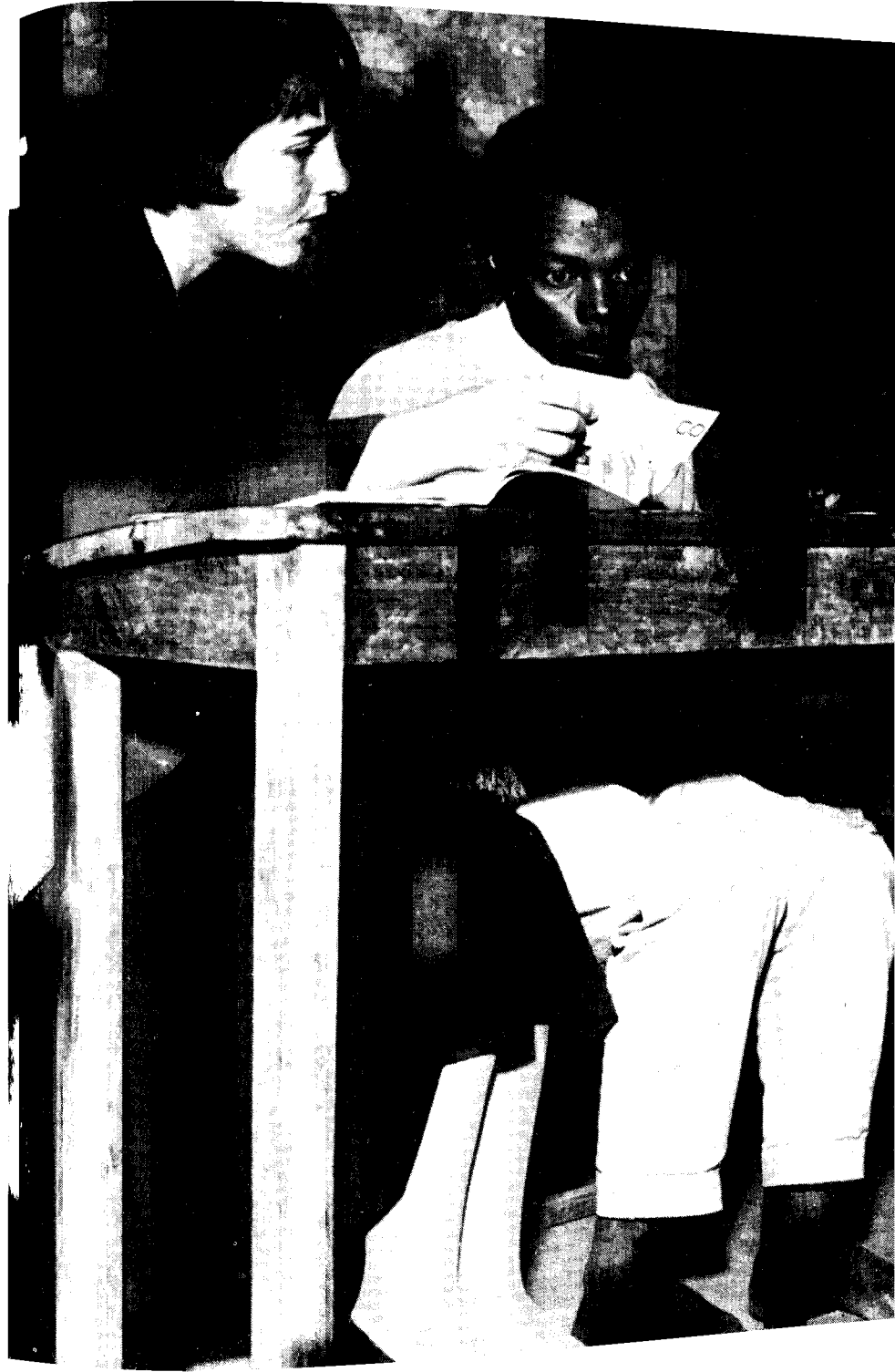
La parte de la cabeza también decía: - Si todavía tuviera cola, iba y me comía a los hombres del sur.

Los viejos sabios creían que cuando uno encontraba una piel de serpiente era porque por allí había pasado el cacique que al fin había recobrado su cuerpo de hombre".

Es un final feliz: la serpiente recobra su humanidad, su misericordia. Pero mientras no sea así, el norte querrá tragarse a los hombres del sur, y el sur querrá engullirse a los hombres del norte.

La narración acaba con esta observación: "Todavía en algunas piedras quedan huellas de esa gran serpiente".

Todavía en los corazones endurecidos, sin entrañas de misericordia, quedan restos de esa serpiente traidora que va generando muerte y pobreza. ¡Pobres los pobres!



«Habló por los profetas»

Cuando me llamaste por teléfono para decirme que tenías que trabajar en la redacción de un Reglamento de Formación, a ver si te podía dar algunas ideas, me apresuré a decirte que sí. Después quedé pensativo, recordando todos los reglamentos de formación en los que tuve que intervenir, en España y en Venezuela, y no acabo de comprender su utilidad real, aunque comprendo que no se puede descartar en absoluto cierta necesidad de los mismos. En el fondo, y te lo voy a decir con todo descaro, veo más peligros que ventajas, tratándose del tema “formación”. Todo reglamento es ambiguo porque tiende a generalizar y a no captar las circunstancias concretas que se pueden dar. Leyes de tráfico o de Seguridad Nacional o de recluta pueden derivar hacia grandes injusticias, penalización de inocentes o radicalismo inhumano. Y si esto se aplica a la formación de personas, el peligro se agiganta. No hay dos personas iguales.

Formación es encuentro, es acompañamiento, es comprensión. En una palabra, es misericordia.

Un reglamento puede ser una escapatoria al desafío de salir al encuentro del otro, en su propio terreno. Es una excusa para no tener que discernir, para evitar el diálogo a nivel existencial, para tener siempre a mano el pretexto: Lo manda el Reglamento; hay que cumplir el Estatuto; ya no depende de mí.

Cuando se cae en esa situación, en la que el formador va parapetado con un Reglamento acorazado, entonces ya se deja de ser formador para convertirse en un policía o en un sargento.

La exigencia de un código se manifiesta frecuentemente en quienes se sienten inseguros en esa delicada tarea formativa, en quienes carecen del arte de la delicadeza, imprescindibles en quienes deben ser formadores.

Recuerda Francisco de Asís, cuando se le exigía redactar una Regla. Cómo se resistió al principio, porque para él lo fundamental no era la letra sino el espíritu. Cuando está presente el espíritu, sobran los reglamentos. Cuando falta el espíritu, no queda más remedio que fortificarse con reglamentos, cuantos más reglamentos, mejor, porque así damos la impresión de ser fuertes, llenos de autoridad. En verdad lo que hacemos es sólo disimular la falta de vida que nos corroe por dentro. Estamos ahogando el Espíritu. Ya Pablo nos ponía en guardia: “No extingan el Espíritu, no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno” (1Ts 5, 19-21).

Por eso no te voy a ayudar esta vez a redactar un Reglamento de Formación. Quisiera facilitarte una toma de conciencia de lo que es ser formador. El formador tiene que ser una persona libre y liberadora, dócil al Espíritu, capaz de captar en cada persona esa semilla única depositada por el Creador para que llegue a ser él y no otro. Nada de copias ni duplicados. El Reglamento tiende inexorablemente a la producción en serie, a despersonalizar. Entonces ya no es formación, sino deformación. Estamos fuera del objetivo fundamental propuesto.

Es como el profeta. Dios lo suscita cuando quiere y como quiere. No tiene más remedio que hablar cuando Dios le pide que hable. Lo confesamos en el Credo: “Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida... y que habló por los profetas”. Me temo que a veces los Reglamentos no dejan hablar al Espíritu. Las personas demasiado apegadas a las leyes pueden ser, con la mejor voluntad del mundo, contrarias al Espíritu.

Los Profetas han sido los grandes formadores de la humanidad. Por supuesto que ha habido falsos profetas pero no nos referimos a ellos, sino a los profetas de verdad. La excesiva atadura a la ley ya te puede situar en la negación de la docilidad a la Palabra de Dios.

“La ley produce la cólera” (Rm 4,15). “Hemos quedado emancipados de la ley... de modo que sirvamos con un espíritu nuevo y no con la letra vieja” (Rm 7,6). “Que la ley no justifica a nadie ante Dios es cosa evidente... Cristo nos rescató de la maldición de la ley” (Ga 3, 11-13). “La ley no puede nunca dar la perfección a los que se acercan...” (Hb 10,1).

Siempre me ha estremecido y me parece que no tiene nada de evangélica, la narración del origen vocacional de la tribu de Leví. El pueblo pecó ciertamente. Pero la orden mosaica es inhumana e inmisericorde: “Cíñase cada uno su espada... mate cada uno a su hermano, a su amigo, a su pariente”. “Cumplieron los hijos de Leví la orden de Moisés, y cayeron aquel día unos tres mil hombres del pueblo. Y dijo Moisés: “Hoy ustedes han recibido la investidura como sacerdotes de Yahveh, cada uno a costa de sus hijos y sus hermanos, para que El les dé hoy la bendición” (Ex 32, 27-29).

Hoy estamos asistiendo en muchas partes de América Latina a este asesinato sistemático de los que no piensan como uno. Y se mata en nombre de Dios. Guerrilleros y narcotraficantes se toman la justicia por su mano y eliminan a campesinos, a niños, a mujeres indefensas, a sacerdotes. Me cuesta creer que el Dios de la Vida tenga algo que ver con esta gente desnaturalizada, sin entrañas de misericordia.

Los Profetas construyen una sociedad justa, apelando a la misericordia. “Aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda” (Is 1,17). “Ustedes el día que ayunaban, explotaban a sus trabajadores... ¿Acaso es éste el ayuno que yo quiero, humillar al hombre? ¿No será más bien este otro el ayuno que yo quiero: desatar los lazos de maldad, dar libertad a los quebrantados y arrancar todo yugo? ¿No será partir al hambriento tu pan, y a los pobres sin hogar recibir en casa? ¿Que cuando veas a un desnudo le cubras y de tu semejante no te apartes? Entonces brotará la luz como la aurora...” (Is 58, 3-8).

Para mí la señal de autenticidad de un profeta es la misericordia. Oseas lo grita: “Yo quiero amor, no sacrificio; conocimiento de Dios más que holocausto” (Os 6,6). Cristo retomará esta cita para hacerla suya (Mt 9,13; 12,7).

“Así dice Yahveh: Seré inflexible porque venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias, pisan contra el polvo de la tierra la cabeza de los débiles y tuercen el camino de los humildes” (Am 2, 6-7). “Escuchen esto ustedes que pisotean al pobre y quieren suprimir a los humildes de la tierra diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio para poder vender el grano, y el sábado para dar salida al trigo, para achicar la medida y aumentar el peso, falsificando balanzas de fraude, para comprar por dinero a los débiles y al pobre por un par de sandalias?” (Am 8, 4-6).

Las gentes que denuncian los profetas son aquellas que, con el pretexto de leyes y reglamentos, se sienten excusados de solidarizarse con los pobres. Son los que denunciaba Jesús por valorar más el sábado que la persona humana: "El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2,27).

Y éste es el gran peligro que veo yo en los reglamentos: nos hacen olvidar al ser humano, nos dan pretextos para no ser misericordiosos. El caso del Profeta Jonás es sintomático. Al principio no quiere seguir la voz de Dios, pero cuando no tiene más remedio, se vuelve un hombre aferrado a la ley, "Dios lo dijo y basta". Se irrita contra el Señor porque usa la misericordia y perdona a los ninivitas. Según Jonás, Dios debería ser fiel al reglamento. Jonás no acepta a un Dios misericordioso, desea un Dios sin entrañas. En realidad Jonás se defiende a sí mismo. Cree que va a quedar como falso profeta, pero precisamente lo que le garantiza su autenticidad es el ejercicio de la misericordia. Ahí está actuando Dios: "No daré curso al ardor de mi cólera, porque soy Dios, no hombre, en medio de ti soy el Santo y no vendré con ira" (Os 11,9).

Jonás se lamenta por el ricino que le daba sombra. Pero Dios le responde con la gran lección de su misericordia: "Tú tienes lástima de un ricino por el que nada te fatigaste. ¿Y no voy a tener lástima de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas?" (Jon 4, 10-11).

El bueno de Jonás terminará dándonos la gran definición de Dios que se repite tanta veces en la Biblia: "Bien sabía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, tardo a la cólera y rico en amor, que se arrepiente del mal" (Jon 4,2).

Amigo, el Código exige códigos. No tendrán otra solución que hacer el citado Reglamento, pero no olvides que el Reglamento es para los formandos, nunca viceversa. Que el reglamento no puede dispensarte de ser profeta. Que no existe el profeta sin misericordia, porque Dios es Misericordia. Y que Dios habla por los profetas.

La misericordia se hizo humana

Escuché en una transmisión radiofónica esta frase: "La naturaleza no perdona nunca, el hombre perdona a veces, Dios perdona siempre".

El pensamiento me pareció iluminador. La naturaleza sigue unas leyes ciegas y no tiene capacidad de comprensión ni de perdón. Cuando se actúa contra ella, se vuelve hostil.

El hombre, porque participa de la naturaleza, a veces obra también ciegamente, sin capacidad de flexibilidad. Entonces no perdona, actúa miserablemente.

Pero Dios, cuya esencia es ser Amor (1Jn 4,8), no se ve obligado por ninguna ley que no sea amor y libertad. Comprende todo, lo perdona todo.

En los capítulos anteriores hemos visto cómo Dios fue revelando su misericordia a través de algunos hombres: Noé, Abrahán, Moisés, Tobit, Job, los Profetas. A pesar de ello, el mundo seguía siendo un río revuelto. La misericordia era extranjera en la tierra. Para conseguir visa de residente, Dios no tuvo más remedio que hacerse hombre.

Ahora el hombre participando de la naturaleza divina, podrá actuar como Dios. La consigna será perdonar siempre. Cuando Pedro pregunta: "¿Cuántas veces he de perdonar, hasta siete veces?", Jesús le responde: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18, 21-22). El hombre, con la gracia, ya puede perdonar siempre.

Y si el hombre perdona siempre, entonces la naturaleza no se verá en la necesidad de no perdonar, será un mundo amable, armónico. Ahora se puede cambiar el pensamiento del principio: Dios perdona

siempre, el hombre puede perdonar siempre, y la naturaleza no será forzada a la inmisericordia.

El dogma de nuestra fe: "Dios se hizo hombre", tiene una comprensión correcta diciendo: La misericordia se hizo humana. El mundo comienza así a ser el Reino de Dios.

Leí una leyenda de los indígenas de la zona de San Agustín, al sur de Colombia, que me parece extraordinariamente sugestiva. Como una versión diferente del Génesis bíblico:

"En el principio, cuando el mundo no estaba dividido en dos, y los seres eran inmortales; y los hombres no se diferenciaban de los animales, ni los animales de los hombres; llegó el tiempo. Y hubo día y hubo noche. Y en el día, hubo sol, y en la noche hubo luna. Y los hombres quedaron en un mundo y los animales en otro. Y los animales y los hombres dejaron de ser inmortales y desde entonces se podían enfermar y morir.

Un día, al comienzo del tiempo, el sol le dio al jaguar sus elementos. Le dio su color, le dio su fuerza y le dio su voz que era la voz del trueno.

Mirando a los hombres, eligió a uno y le dijo: Tú tendrás el mismo poder del jaguar, la misma fuerza y la misma voz. Podrás moverte de un mundo a otro, pasar del mundo animal al de los hombres. Y del mundo de los hombres al de los animales.

El hombre le respondió: Dime qué tengo que hacer y lo haré.

El ser brillante desde el cielo le dijo: Tú serás el guardián de tus hermanos, podrás curarlos cuando se enfermen y guiarlos cuando se pierdan en la selva de sus pensamientos. Para eso tendrás que ayunar muchos días y muchas noches y beber de este licor que aquí tengo.

Y le alargó al hombre un calabazo lleno de un licor hecho de yerbas y de frutos sagrados.

El hombre lo bebió delante del señor dorado y de brillo enneguecedor. Pero el hombre no apartó sus ojos, porque su luz ya no le cegaba y empezó a danzar. Danzaba para adelante; danzaba para

atrás; danzaba hacia un lado y danzaba hacia el otro. Y se sentía poderoso como el jaguar, dorado como el sol y al hablar su voz fue tan estruendosa y fuerte como la del trueno.

-Está bien, Señor -dijo el hombre- ahora enséñame cómo tengo que hacer para ir de un mundo a otro.

El sol desde el cielo le dijo: Ya sabes hacerlo, no necesitas más ayuda.

Cayó la noche y el hombre no sabía cómo hacer para pasar de un mundo a otro. La noche era cada vez más oscura y cuando era la sombra de las sombras, la más oscura de las oscuridades, el hombre se llenó de resplandor y empezó a moverse con la agilidad de los felinos. Era un bello jaguar amarillo, con manchas negras, musculoso y rápido. Con sus ojos atravesaba la oscuridad y podía ver lo que ningún hombre puede ver en las noches oscuras.

Se trepó por las ramas de un árbol y vio la selva espesa. Estirándose, lanzó un largo alarido, un grito que cruzó la noche, como si tronara.

El jaguar bajó sigilosamente del árbol y se metió en la selva. Llegó al poblado donde ya vivían otros hombres con sus mujeres. Al verlo, se llenaron de terror y fueron a buscar sus armas. Entonces el jaguar les habló y los hombres espantados dudaban de lo que el jaguar les decía: No tengan miedo, que yo vengo a cuidarlos.

Los hombres se reunieron y, después de una conversación muy animada, decidieron aceptarlo y le hicieron un lugar especial para él. El jaguar entró allí. Los hombres se fueron a dormir y cuando despertaron y vinieron a ver al jaguar que había venido en la noche, encontraron a un hombre sabio que les dijo:

-No tengan miedo. Yo soy el jaguar que ha venido a cuidarlos. Soy su chamán. Soy el mismo que vieron anoche.

Desde entonces, donde hay un grupo de personas, hay siempre uno que sabe convertirse en jaguar; que los cuida y los ilumina cuando se pierden en la selva de sus pensamientos.

Me fascina esta leyenda. Es como si fuera una Cristología de nuestros aborígenes americanos. Cuando tenga tiempo, trataré de hacerle un comentario más extenso. Pero por el momento, tomaré simplemente el dato de una persona que puede pasar de un mundo a otro no para ejercer la crueldad, no para ser un instrumento de miseria, sino para hacer presente la misericordia: No tengan miedo, he venido para cuidarlos e iluminarlos cuando se pierdan en la selva de sus pensamientos.

Cuando nos asomamos a las primeras páginas de los evangelios, descubrimos en la figura de un niño la presencia de la misericordia divina.

El mensaje angélico es de paz: "No temas, José,... al niño le pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1, 20-21). "No temas, María, vas a dar a luz a un hijo a quien pondrás por nombre Jesús" (Lc 1, 30-31).

María constata que Dios no viene para la venganza, sino para la misericordia: "Su misericordia alcanza de generación en generación" (Lc 1,50). "Acogió a Israel su siervo, acordándose de su misericordia" (Lc 1,54).

El sacerdote Zacarías recuerda el mensaje de todo el antiguo Testamento: "Bendito sea el Dios de Israel, porque ha redimido a su pueblo, como lo había prometido por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos, haciendo misericordia... Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo... por la entraña de misericordia de nuestro Dios" (Lc 1, 68-78).

El pensamiento fundamental del mensaje de Jesucristo, el llamado sermón de la montaña, se centra en esta exhortación: "Sean perfectos como el Padre celestial es perfecto" (Mt 5,48). Que Lucas tendrá la clarividencia de explicar: "Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso" (Lc 6,36).

No podemos en un solo capítulo presentar todo el programa de misericordia que Jesús trae a los hombres. Es un tema inagotable. En los capítulos sucesivos iremos presentando lo más destacado de la persona y vida de Jesús de Nazaret.

Terminaré por ahora con una anécdota árabe. Un peregrino hizo esta súplica: "Alá, no tengo más que un deseo en mi vida: concédeme la gracia de no ofenderte nunca más". El Todopoderoso sonriéndose, le respondió: "Eso es lo que todos piden. Pero dime: si concediera a todos esa gracia, ¿a quién iba yo a perdonar?".

Esa Misericordia divina se hizo humana en Cristo Jesús. Lo que nos corresponde a nosotros es asumirla en nuestra vida, siguiendo a quien nos dijo: "Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11,29). Tenemos que encarnar también nosotros la misericordia.

Llorar con los que lloran

Aquí en Colombia, en el nororiente de Cauca, está asentada la mayor parte de la comunidad indígena Paez. En 1970, la explotación a que se veían sometidos por los terratenientes, los llevó a organizarse. No se les reconocía otro derecho que el de trabajar la tierra que les cedían. Incluso debían comprar las herramientas y, por supuesto, la comida. Por eso se utilizó tanto la hoja de coca, que les daba fuerza para trabajar sin comer. Esa era la ración que recibían de los dueños de las fincas.

Decidieron un día recuperar el territorio que siempre les había pertenecido; y bajan de la montaña, invaden las tierras y construyen sus rústicas viviendas. Los terratenientes contraatacan. En 1982 mataron a siete indígenas. Los nativos se aferran y persisten. Ahora, en vísperas del V Centenario, concretamente el 17 de diciembre de 1991, el lugar de Caloto amanece arrasado, y veinte indígenas fueron cobardemente asesinados. Son consecuencias de una conquista que no acaba de terminar.

El presidente de Colombia, César Gaviria, se presentó en el lugar de la tragedia para prometer justicia a los indígenas. Pero ¿sabremos algún día quiénes cometieron esa masacre? ¿Y se hará justicia? La experiencia nos dice que estos crímenes suelen quedar impunes.

Yo me pregunto: ¿Hasta qué punto ha penetrado el evangelio en estas tierras, cuando quienes asesinan descaradamente, se proclaman cristianos y van a misa? ¿Se ha entendido al orden de Cristo: "Vayan a aprender qué significa 'Quiero misericordia y no sacrificio'"? (Mt 9, 13). "Si lo hubieran comprendido, no condenarían a los que no tienen culpa" (Mt 12,7).

Tenemos una legislación que reclama los derechos de los indios. El artículo 14 del convenio 169 de la OIT, estipula: "Deberá reconocerse a los pueblos interesados el derecho de propiedad y de posesión sobre

las tierras que tradicionalmente ocupan, etc...". Pero todo queda en el papel, sin eficacia alguna.

La masacre de Caloto, cuando la conocí en la prensa, me hizo buscar en el Evangelio el pasaje de las Bienaventuranzas. Leí: "Bienaventurados los que lloran" (Mt 5,5).

Hubo un tiempo en que los israelitas lloraban su esclavitud en el país de Egipto. Dios escuchó su llanto y los consoló con la tierra prometida. Más tarde, por su infidelidad, el pueblo perdió esa tierra y conoció el exilio de Babilonia. Volvió la época de las lágrimas. Es la hora de las Lamentaciones junto a los muros del Templo destruido (Baruc) o junto a los ríos de Babilonia (Salmo 136).

También Jesús tuvo que llorar al ver la ciudad endurecida y empedatada (Lc 19,41), como lloró frente a la tumba del amigo querido (Jn 11, 35-36).

Hoy los pueblos indígenas de América Latina siguen llorando al verse despojados de sus tierras, de sus derechos, de su dignidad de personas humanas.

La bendición a los que lloran necesita ser profundizada. Llorar es capacidad de sentir. Por eso la bienaventuranza debe aplicarse no sólo a los que lloran, sino a los que son capaces de llorar con los que lloran, a los que saben compadecer, a los misericordiosos. Jesús se extraña cuando constata frente a los fariseos: "Hemos entonado lamentaciones y no han llorado" (Lc 7,32). Este pecado perdura hoy en nuestra sociedad.

Dios sí sabe llorar con los que lloran. Dios es misericordioso. Y hace promesa solemne de consolar a los que sufren.

"Así dice Yahveh: Reprime tu voz del lloro y tus ojos del llanto... hay esperanza para tu futuro, volverán los hijos a su tierra" (Jr 31, 16-17).

"Al ir va llorando, sembrando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas" (Sal 126, 5-6).

"Enjugará Yahveh las lágrimas de todos los rostros; y quitará el oprobio de su pueblo sobre toda la tierra" (Is 25,8).

“Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos, ni fatiga, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21,4).

Dios no ama las lágrimas. Detrás de ellas siempre hay una ausencia, un vacío de amor. Por eso las lágrimas son un llamado a la hermandad. La hermandad solidaria enjuga las lágrimas.

Pero las lágrimas solidarias, como expresión de misericordia, Dios sí las quiere. Es una distinción que nos pide el Evangelio. El llanto que brota del sufrimiento, hemos de eliminarlo. El llanto que brota de la misericordia, Dios nos lo pide. De modo semejante, tenemos que decir: la pobreza que brota de la necesidad, hemos de combatirla. Pero la pobreza que es solidaridad con los pobres, es una exigencia evangélica. Con los pobres, contra la pobreza. Con los que lloran, contra los que hacen llorar.

Frente al sufrimiento, sólo caben dos posturas: “compadecerse” o “endurecerse”.

La compasión desata un dinamismo de solidaridad que termina por hacer desaparecer el llanto. Los profetas son los que saben escuchar el clamor de los pobres. En la narración de la vida de Jesús encontramos frecuentemente tres gestos consecutivos: ver, amar, actuar. “Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo” (Mc 10,21). “Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos” (Mt 14,14).

El endurecimiento hace que uno se cierre en su egoísmo. No le importa el dolor del otro. En esta actitud no es posible ni la profecía ni la oración. Reirse es superioridad, indiferencia, desprecio, burla. “¡Ay de ustedes que ríen ahora, porque tendrán aflicción y llanto!” (Lc 6,25).

Dios hace a lo largo de la historia una opción por los que lloran. Invertirá por completo la situación de los que ríen y de los que lloran, como enseña en la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro. “Los ricos ya han recibido su consuelo ahora” (Lc 6,24). “Recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado” (Lc 16,25).

La bendición de Jesús a los que lloran no es un anatema contra la alegría, como pudiera parecer. Si bendice las lágrimas, no es por las

lágrimas en sí, sino por la promesa implícita de la alegría. A veces a través de las lágrimas, se disfruta una paz que sólo Dios sabe dar: “Les doy mi paz, no como la da el mundo” (Jn 14,27). “Estarán tristes, pero su tristeza se convertirá en gozo” (Jn 16,20).

Esta fue una gran intuición de Francisco de Asís. Es su enseñanza sobre la perfecta alegría.

“Escribe, hermano León, cuál es la verdadera alegría: Llega un mensajero y dice que todos los maestros de París han entrado en la Orden. Escribe: No es verdadera alegría. Y también que han venido a la Orden todos los preladados, arzobispos y obispos; que también el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: No es verdadera alegría. Igualmente que mis hermanos han ido a los infieles y han convertido a todos ellos a la fe. Además, que he recibido yo de Dios una gracia tan grande, que curo enfermos y hago muchos milagros. Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría.

¿Pues cuál es la verdadera alegría?

Vuelvo de Perusa y, ya de noche avanzada, llego aquí; es tiempo de invierno, todo está embarrado y el frío es tan grande, que en los bordes de la túnica se forman carámbanos de agua congelada, que hacen heridas en las piernas hasta brotar sangre de las mismas.

Y todo embarrado, helado y aterido, me llego a la puerta; y después de estar un buen rato tocando y llamando, acude el hermano y pregunta: ¿Quién es?

Yo respondo: El hermano Francisco.

Y él dice: Largo de aquí. No es hora decente para andar de camino. Aquí no entras.

Y al insistir yo de nuevo, contesta: Largo de aquí. Tú eres un simple y un paleta. Ya no vas a venir con nosotros. Nosotros somos tantos y tales, que no te necesitamos.

Y yo vuelvo a la puerta y digo: Por amor de Dios, acójame por esta noche.

Y él responde: No me da la gana. Vete al lugar de los crucíferos y pide allí.

Te digo: si he tenido paciencia y no he perdido la calma, en esto está la verdadera alegría, y también la verdadera virtud y el bien del alma". (Escritos de S. Francisco de Asís, BAC 1978, pp. 85-86).

Esta es la manera franciscana de decir: Bienaventurados los que lloran. Y de evidenciar lo monstruoso que es carecer de misericordia.

Los indígenas masacrados en Caloto el 17 de diciembre de 1991 nos dicen cuál es la senda del evangelio, quiénes son los bienaventurados, los que lloran, los misericordiosos, los que sufren persecución.

A corazón abierto

El otro día, viendo el telediario, comenzaron a pasar imágenes de un intento de golpe militar en Caracas (Venezuela). Tanques, soldados con metralletas, heridos o muertos en el suelo, el ruido del tiroteo, luces y sombras en sucesión misteriosa, y un miedo grande que atenaza el corazón.

En Venezuela he estado viviendo y trabajando hasta hace muy poco. Por eso las imágenes me dolían. Esa madrugada del 4 de febrero de 1992 en Caracas, desde Santafé de Bogotá, me hicieron recordar otro día trágico que me tocó vivir en la misma Caracas, el 27 de febrero de 1989. Quizás el motivo era aparentemente distinto, y las manifestaciones externas diferentes. En el 89 fue el pueblo el que se lanzó a saquear los comercios de alimentos, porque tenía hambre y no tenía dinero. En esta ocasión de 1992, fue el ejército el que hizo uso de las armas para derrocar al Gobierno y hacerse con el poder.

Cuando el telediario cerró su emisión y dio paso a la telenovela de turno, me retiré a mi habitación y busqué entre mis libros el Concilio Vaticano II, para volver a leer un párrafo de la *Gaudium et Spes* que tengo marcado. Es el único anatema de ese gran Concilio, el anatema contra la guerra: "Es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones" (80). Y más adelante: "Debemos procurar con todas nuestras fuerzas preparar una época en que pueda ser absolutamente prohibida cualquiera guerra" (82).

No comparto el uso de la fuerza, ni veo qué soluciones puede aportar la violencia a nuestros problemas humanos. La guerra nos deshumaniza. Aporta a nuestra existencia angustias aterradoras, como las describe el documento de Puebla: "Las angustias que han surgido por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación,

violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos, de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judiciales. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada” (42).

Otra vez nos encontramos con la miseria del poder por una parte, y la misericordia cordial por otra. Si Jesús bendice a los que lloran con los que lloran, la fuerza bruta se encoge de hombros frente al sufrimiento del prójimo. Es más, el mismo poder ambicioso es quien provoca las lágrimas de la pobre gente indefensa y aplastada.

Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los limpios de corazón. Se diría que las lágrimas limpian el corazón y los ojos para ver mejor la realidad que nos envuelve.

Solemos proclamar la razón como la única fuente de conocimiento, pero olvidamos la capacidad cognoscitiva del corazón. Con la inteligencia podemos conocer las estrellas remotas, o los minúsculos microbios, pero quizás no podamos conocer a nuestros semejantes. Y ciertamente no podemos llegar a la intimidad de Dios. “Nadie conoce lo íntimo de Dios sino el Espíritu de Dios... El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios” (1Co 2, 11-14).

La Biblia lo repite insistentemente: “Mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo” (Ex 33,20). “A Dios nadie le ha visto jamás” (Jn 1,18).

Y es que a Dios se le ve, no con la inteligencia, sino con el corazón: “Quien no ama, no conoce a Dios porque Dios es amor” (1Jn 4,8).

A Dios sólo se le puede ver con el corazón. Pero hay que añadir: con un corazón limpio, purificado con el llanto que hace transparente todo lo que nos rodea. Especialmente la presencia divina en la que vivimos, nos movemos y existimos (cf. Hch 17,28).

El corazón que se cierra por el orgullo, la autosuficiencia, el afán de poder, no es un corazón limpio. Será limpio si se abre a las necesidades de los demás, si se conmueve misericordiosamente ante el sufrimiento y el llanto de los otros.

En una ecuación matemática diríamos:

Corazón limpio = corazón abierto al otro = corazón misericordioso.
Corazón sucio = corazón cerrado = corazón egoísta.

Ese Dios que es invisible para los corazones engreídos, se hace patente para los corazones humildes. Dios se humanizó, se hizo visible para la gente con corazón: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos... se lo anunciamos” (1Jn 1, 1-3). Los fariseos, los saduceos, los sumos sacerdotes no fueron capaces de ver lo evidente para un corazón limpio.

Cristo se hizo así “imagen de Dios invisible” (Col 1,15). Y explicará a sus discípulos ansiosos por ver al Padre: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9).

Pero esta visión cordialmente limpia, no comienza sólo en la persona de Cristo para llegar al Padre. Nosotros no hemos visto corporalmente a Cristo. Y sin embargo, tenemos que contemplarlo para llegar a Dios. La contemplación de un corazón misericordioso comienza antes, o más a nivel de tierra. La contemplación de Cristo y de Dios comienza cuando nos acercamos compasivamente a los pobres y a los que sufren. El juicio final según Mateo lo aclara nítidamente: “Lo que hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron” (Mt 25,40).

Los pobres son el sacramento de la presencia espiritual de Cristo. El documento de Puebla lo describe hablando precisamente de ciertos rostros de nuestro mundo real:

“La situación de extrema pobreza generalizada, adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

- rostros de niños golpeados por la pobreza...

- rostros de jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad...

- rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos...

- rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados...

- rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos...
- rostros de subempleados y desempleados, despedidos...
- rostros de marginados y hacinados urbanos...
- rostros de ancianos, cada día más numerosos... (cf. **Sto. Domingo** 31-39).

Solamente los corazones misericordiosos, los corazones limpios pueden descubrir ese rostro divino a través del rostro sin imagen ni figura de los pobres.

Esta es la bendición que el Señor promete a los israelitas: "Yahveh te bendiga, ilumine su rostro sobre ti, te muestre su rostro y te conceda la paz" (Nm 6, 24-26).

Los corazones mezquinos no pueden compadecerse. Los corazones magnánimos son los que tienen capacidad para comprender todas las miserias y perdonarlas. La cualidad de ser misericordiosos demuestra la madurez de una persona.

Venezuela agitada por el intento de un golpe militar, debería recordar una bella leyenda de los indios pemones de la Gran Sabana. Dice más o menos esto:

"El pájaro garzón y el chupaflor se desafiaron a quien llegaba más lejos, atravesando un brazo de mar.

El chupaflor o tucusito le dijo al garzón: Sal tú delante, que vuelas más despacio.

Pero el garzón le contestó: Tú, que eres tan pequeño, debes salir primero.

Como el tucusito no le hacía caso, el garzón se resolvió a salir primero. Inmediatamente el tucusito emprendió el vuelo y alcanzó al garzón, le adelantó con mucho garbo, pero fatigado, cayó al agua.

El garzón compadecido descendió un poco y le dijo: Agárrate de mis patas.

El tucusito se agarró de las patas del garzón, volvió a batir las alas y se fue delante del garzón. El garzón poco después vio al tucusito que de nuevo caía al agua.

De nuevo el garzón se bajó hacia el tucusito y lo sacó del agua con sus patas, y esta vez, finalmente, llegó a la orilla adelantándose al garzón. Detrás de él, llegó también el garzón a la orilla.

El garzón no le dijo nada al tucusito, le dejó ganar, como suelen hacer los padres con sus hijos. El tucusito tampoco dijo nada, porque después de haberse envalentonado tanto, se sintió avergonzado y se dio cuenta de que el garzón le había salvado la vida. Así dice el cuento".

Bienaventurados los limpios de corazón, los misericordiosos. Los que tienen valor para lanzarse hacia los hermanos a corazón abierto.

Quiero misericordia

Fue una célebre cuestión teológica que debatieron en tiempos pretéritos los escolásticos: ¿Cur Deus homo?: ¿Por qué Dios se hizo hombre? ¿Para perdonar el pecado o para dar gloria a Dios?

Si la respuesta era “para perdonar el pecado”, entonces reduciríamos a Cristo a un simple accidente dentro del plan salvífico universal. Si no hubiera habido pecado, Cristo nunca hubiera existido. Eso nos parece un disparate mayúsculo.

La Escuela Franciscana insistía en que Cristo fue lo primero que Dios tuvo en mente, aun antes de pensar en Adán y en todos sus descendientes. Claro que esto es un modo de hablar, y no sabemos si en la mente de Dios podemos colocar un “antes” o un “después”.

Vamos a dejar a un lado la polémica tomista-escotista, respetando sus puntos de vista. Me imagino a los niños pemones de Kamarata o de Urimán a los que durante algún tiempo yo les tuve que explicar el catecismo católico. Me resultaba extraordinariamente difícil aclararles algunas cosas de nuestra fe, no ya sólo porque fueran misterios, sino porque el escolasticismo occidental lo hacía mucho más complicado. Y además nuestra cultura o civilización distaba años luz de su mentalidad natural y sencilla. El texto de Religión que las Hermanas Misioneras pusieron en mis manos, había sido elaborado no sé en qué escritorio o biblioteca, pero resultaba contraindicado para aquellas mentes infantiles que sabían hablar del sol, del río, del viento, de los árboles, de su curiara y de las flechas para cazar, pero no de sustancia y accidente, ni de naturaleza o esencias inmutables. Con la mejor buena voluntad del mundo, el manual de educación en la fe preguntaba a los presuntos lectores: ¿Cuál fue la última película que viste? ¿Qué mensaje te transmitió?

Me parece una buena pregunta para un niño de Caracas, de Bogotá o de Madrid, pero no para Romelio, pemón de 8 años que nunca fue al cine ni vio televisión.

Digo que me imagino a los niños pemones de Kamarata sentados en el suelo a mi alrededor, y yo les quiero explicar por qué Dios se hizo hombre.

Nancy ha sido siempre muy buena y nunca ha desobedecido a su mamá (Nancy se ruboriza) pero Romelio se pasa el día peleando con sus compañeros de clase (los niños asienten mirando a Romelio que les lanza una mirada retadora). Dios ¿ha quién quiere más?

- “A Nancy” gritan a una sola voz.

- ¿Y a Romelio?

- “Menos” dice Barreto.

- Yo creo que a Romelio Dios también lo quiere mucho. Pero lo cierto es que Nancy por ser buena y Romelio por ser menos bueno, los dos necesitan el amor y la compasión de Dios. Y Dios se vino a vivir entre los pemones porque los pemones necesitan la misericordia de Dios. Y todos los hombres, malos y buenos, necesitamos que Dios sea misericordioso con nosotros. Lo peor que nos puede ocurrir es que seamos tan orgullosos que pensemos que no necesitamos de Dios. Nancy, Romelio, Barreto, Belkis, Yamil y yo necesitamos la misericordia del Señor.

Dios se hizo hombre porque es misericordioso, y tenía que enseñarnos a ser misericordiosos. “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7).

Los Profetas anunciaron la venida del Mesías bajo estas expresiones que los judíos, lo mismo que los niños de Kamarata podían entender: “pondré mi Espíritu sobre él... No disputará ni gritará... La caña cascada no la quebrará ni apagará la mecha humeante... en su nombre pondrán las naciones su esperanza” (Is 42, 1-4; cf. Mt 12, 18-21).

El mismo Jesús se presenta diciendo: “Vengan a mí todos los que están fatigados y sobrecargados, y yo les daré descanso. Tomen sobre ustedes mi yugo y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30).

Si Dios no fuera misericordioso ¿se hubiera hecho hombre? El evangelista parece insinuar que no cuando escribe: “Por la entrañable

misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tiniebla y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1, 78-79). Es consolador saber que los que caminamos por este valle de lágrimas, en sombra de muerte, recibiremos la luz que ilumina a todo hombre (Jn 1,9), al bueno y al malo, al justo y al pecador.

Los cristianos a lo largo de la historia no siempre hemos sabido comprender qué significa ser cristiano. A veces lamentablemente identificamos cristianismo con rigorismo, y caemos en la actitud de ir por la vida pensando mal, juzgando, condenando y dándonos aires de autosuficiencia, de superioridad moral y despreciando a los que consideramos pobres pecadores.

A ver cuándo llegamos a descubrir que cristianismo y misericordia es una misma cosa. “Aprendan qué significa: Quiero misericordia y no sacrificio” (Mt 9,13).

Confieso que esto siempre me ha hecho pensar. Es una tarea que Jesucristo nos impone: “Aprendan”. Porque esa lección todavía no la hemos aprendido. Quizás fuera esa una constatación que a diario Jesús verificaba en el trato con los hombres y mujeres de su tiempo. Pero nosotros no somos mejores que los contemporáneos del Nazareno.

Hoy, lo mismo que ayer y que siempre, estamos comprometidos con la evangelización, que si de verdad es evangelio, tiene que ser siempre nuevo. Los 500 años de evangelización de América Latina, fuera de las polémicas desatadas en pro o en contra, no cabe duda de que deben llamarnos a un examen de conciencia para sincerarnos y saber si en estos años hemos usado de la misericordia con los indígenas, con los negros, con los niños, con los pobres. Porque si nos hemos olvidado de la misericordia, es que también nos hemos olvidado del evangelio, aunque vayamos a misa.

Los indígenas muiscas colombianos cuentan la historia de Goranchaga, hijo del Sol. Un patriarca había profetizado que un día el Sol reencarnaría en el hijo de una doncella de Gachetá, que después de alumbrarlo seguiría siendo virgen.

Una hija del cacique, acariciada por los rayos matutinos del Sol, quedó embarazada. Después de nueve lunas, dio a luz a un varón, a quien llamó Goranchaga, que significa hijo del Sol.

La historia termina diciendo que años más tarde llegaron unos conquistadores a Santa Marta y Goranchaga supo que llegarían hasta el pueblo donde estaba viviendo él con los suyos. Entonces dijo a sus súbditos: - Un día, y será pronto, vendrán hombres fuertes, feroces y armados. Cuando llegue ese día nadie se apiadará de nosotros. Esos hombres son crueles, nos humillarán y nos harán sus esclavos. Yo no quiero ver sufrir a mi pueblo. Por eso me iré, pero un día, un nuevo día, volveré y les haré libres.

Al terminar su discurso Goranchaga entró en su casa y desde entonces nadie le volvió a ver.

Los indios siempre se han preguntado cómo es posible compaginar el ser hermanos (lo que les predicaban) y el ser esclavos (a lo que terminaban reduciéndolos).

Hay que retomar las bienaventuranzas y dejar de ser hipócritas. Hay que vivir la misericordia si queremos alcanzar misericordia. El Evangelio es misericordia y nada más. Y si algo es más, no será falta de misericordia, sino misericordia al cuadrado.

Es posible que algunos lectores no comulguen misericordiosamente con Pedro Casaldáliga, Obispo de Sao Félix de Araguaya (Brasil). Les pido perdón por transcribir unos versos del prelado misionero para concluir esta meditación:

*Yo, pecador y obispo, me confieso,
de soñar con la Iglesia
vestida solamente de Evangelio y sandalias;
de creer en la Iglesia,
a pesar de la Iglesia, algunas veces;
de creer en el Reino, en todo caso,
caminando en Iglesia.*

*Yo, pecador y obispo, me confieso
de haber visto a Jesús de Nazaret
anunciando también la Buena Nueva
a los pobres de América Latina;
de decirle a María:*

*“¡Comadre nuestra, salve!”;
de celebrar la sangre
de los que han sido fieles;
de andar de romerías...*

*Yo, pecador y obispo, me confieso
de abrir cada mañana la ventana del Tiempo;
de hablar como un hermano a otro hermano;
de no perder el sueño, ni el canto, ni la risa;
de cultivar la flor de la Esperanza
entre las llagas del Resucitado.
Amén. Buenas noches,
misericordia. Amén, amén.*



El pecado del fariseo

Cuando se escucha o se lee una parábola evangélica, si el mismo Cristo no la explica (como hizo con la del sembrador, Mt 13, 18-23), es posible que se le den diversas interpretaciones. Eso no tiene nada de anormal. Pero no debiéramos conformarnos con cualquier interpretación, sino la que sea más coherente con todo el evangelio.

Es clásica la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18, 9-14). Podemos ver en ella las cualidades de una buena oración, el peligro de la autosuficiencia, la ineficacia de la Ley para la justificación, etc... Todo eso es verdad, mas yo me atrevo a aventurar que la enseñanza profunda de esta parábola tiene relación muy estrecha con la misericordia.

La introducción a este pasaje resalta dos circunstancias que se daban en la manera de ser farisaica: considerarse justos y despreciar a los otros. "Dijo a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola" (Lc 18,9).

El punto de partida de la narración es una situación falsa: creerse justo y no serlo en realidad. La conclusión desenmascara la falsedad: el fariseo sale del templo sin estar justificado. Esa es la verdad desnuda.

El publicano, en cambio, parte de la realidad objetiva: "Soy un pecador". El desenlace de la historia es que el publicano "bajó a su casa justificado".

Pues bien. Esa situación imaginaria de verse santo, le lleva a uno a pensar que no necesita misericordia. ¿Por qué? Porque ha cumplido todas las leyes, todos los mandamientos. Con su esfuerzo se ha ganado la perfección. La misericordia es para los que no dan la talla. El fariseo se califica con la nota máxima. Desde su aparente superioridad, mira con desprecio a todos los humanos y los juzga sin compasión: "rapaces, injustos, adúlteros". Es lógico que incluya en la misma categoría también al publicano: "ni tampoco como este publicano".

La misma situación anímica encontramos en el hijo mayor de la parábola del pródigo: "Jamás dejé de cumplir una orden tuya" (Lc 15,29). Es una persona que ha obedecido todos los mandatos del padre. Exactamente como el fariseo.

Lo malo del obedientismo del fariseo y del hermano mayor es que les hace olvidar la necesidad de la misericordia. Descubrir que somos pecadores es una buena noticia, es una gracia, porque despierta en nosotros la urgencia de pedir la compasión divina, y nos mueve a no condenar, a ser misericordiosos con el prójimo.

El fariseo no invoca la misericordia. Es un hombre de duro corazón y, por eso mismo, desprecia y condena. El publicano no se compara con nadie. Mira su pecado y pide piedad. Nada más.

El hijo pródigo no se compara con nadie, no desprecia a nadie, porque su pecado no le permite considerarse por encima de ningún otro: "Padre, pequé contra el cielo y contra ti, ya no merezco ser llamado hijo tuyo" (Lc 15,21). Apela a la misericordia, es su única esperanza, porque no tiene obras propias en las que apoyarse.

Cuando uno es suficientemente sincero y reconoce ser pecador, descubre que su confianza reposa totalmente en la misericordia. Las obras de nuestras manos, las obras de la ley terminan por erigirse en ídolos que nos hacen perder de vista al único Dios verdadero, rico en misericordia.

Aquí radica la enseñanza fundamental de la parábola del fariseo y del publicano. La autosuficiencia impide la misericordia, impide una oración genuina, impide la solidaridad fraterna. Estamos fuera del Reino de Dios. No hay nada que hacer.

Cuando yo me descubro a mí mismo en mi interior juzgando a otra persona, despreciando y, lo que es peor, condenando, tendría que oír una llamada de alerta, una luz roja que me advirtiera que está reviviendo en mí ese fariseo secreto al que yo consideraba ya superado y enterrado. El fariseísmo es la negación de la misericordia cristiana.

Esto me hace recordar un cuento de mis amigos pemones de la Gran Sabana. También ellos saben inventar parábolas donde mezclan el mensaje evangélico con su experiencia cotidiana. No es una parábola precolombina, sin duda, pero viene a cuento.

"Había un viejo mono araguato que rezaba cada día antes del amanecer, subido sobre un árbol muy alto. Cierta día, cuando se bajó después de rezar, al pasar por la sabana, se encontró no supo con quién, que estaba rezando arrodillado.

'¿Por qué estás así?' le preguntó el araguato. 'Estoy rezando' le contestó el que estaba arrodillado.

El araguato se fijó bien en el que rezaba y le preguntó: '¿No eres tú Jesucristo?'. 'Sí, yo soy Jesucristo', respondió.

'¿Y cómo es que, siendo tú el Hijo de Dios, estás rezando como un pobrecito?'. Jesucristo le respondió: 'Porque siendo Hijo de Dios, soy también hombre. Por eso rezo como un pobrecito'.

El araguato volvió a decirle: 'No digas así; no reces en el suelo como un pobrecito; al contrario, igual que yo, reza subiéndote a un árbol muy alto'.

'No -le contestó Jesucristo-; no es esa la costumbre de los hombres; ellos no se suben a las ramas de los árboles para rezar; ellos no son raza de pájaros ni de araguatos; ellos rezan solamente sobre el suelo'.

Pero el araguato volvió a decirle a Jesucristo, apremiándolo: 'Si te subieras a un árbol alto, tu rezo se oiría mejor'. Pero Jesucristo no le hizo caso.

Entonces el araguato se subió a un árbol muy alto y se puso a orar en voz alta, mirando a Jesucristo: '¿Ves? Así hay que orar'. En esto, un remolino de aire lo derribó; al caerse, trató de agarrarse de una rama, pero la rama se quebró; y así cayó en tierra y se golpeó. Cayó de cara y desde entonces el araguato tiene esas manchas negras en la cara.

'Para que tú veas, hermano; si hubieras estado en el suelo, no te hubieras caído de esa manera'. Así le dijo Jesucristo.

No debemos burlarnos de nadie, como lo hizo el araguato, que se cayó del árbol por burlarse de los que rezaban como pobrecitos en el suelo".

Es un buen duplicado de la parábola del fariseo y del publicano. Rezar como un pobrecito (tetuarimasén waranté) es sentirse necesitado de la misericordia. El araguato en su inconsciencia no experimenta su debilidad. Por eso los pemones en su leyenda le hacen caer del árbol. Es la forma gráfica de expresar el pensamiento del evangelio: "El que se ensalza, será humillado" (Lc 18,14).

Los hombres no somos pájaros ni monos araguatos. Los hombres no somos ángeles. Somos pobres pecadores. Reconocer esto, es poner los pies en el suelo. No aceptar nuestra condición pecadora, es pretender volar sin alas.

Lo dijo el poeta:

*"La verdadera locura
es cuando el hombre se cree
con la cabeza segura".*

(Machado)

O la confesión humilde del también poeta León Felipe:

"Soy ya tan viejo... se ha muerto tanta gente a la que yo he ofendido y ya no puedo encontrarla para pedirle perdón..."

Ya no puedo hacer otra cosa que arrodillarme ante el primer mendigo y besarle la mano... Quiero que la última palabra que recuerde al morir sea ésta: PERDON".

Este es el mensaje de Jesús: perdón, compasión, misericordia.

Se buscan samaritanos

En estos días se está celebrando en Cartagena (Colombia) la octava sesión de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (Unctad). Algo que salta a la vista inmediatamente es que el imperio de la pobreza se está expandiendo. El secretario general de este organismo, Kenneth Dadzie, destacó que hace dos décadas las naciones consideradas como más pobres eran 24 países, pero ahora, después de los años ochenta, la cifra de estos países empobrecidos ha subido a 47.

Algunos de estos países, a título de muestra, son Guinea Ecuatorial, Sudán, Ruanda, Haití, Mozambique, Afganistán... Se describen las causas más destacadas: "Estos países sufrieron guerras, disturbios e inestabilidad, acentuadas por grandes flujos de emigración procedentes de países vecinos en conflicto, graves descensos de sus ingresos por exportaciones, fuertes cargas de deuda externa, alta inflación y profundas devaluaciones, caídas de la inversión y bajas en sus importaciones".

El informe de Dadzie indica que hay "fundamentos de esperanza y quizá incluso de cierto grado de optimismo" para los años 90, con la condición de que los países acreedores adopten medidas similares de *perdón y reestructuración de la deuda a estos países más pobres*.

Digamos con lenguaje de parábola evangélica, que se buscan samaritanos. No pueden, con una conciencia cristiana, los países ricos desentenderse de la situación de pobreza y miseria de los pueblos menos desarrollados. No hace falta citar ahora la "Populorum Progressio" ni la "Sollicitudo rei socialis". Vamos simplemente a seguir leyendo el Evangelio.

"Un hombre cayó en manos de salteadores que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto" (Lc 10,30). Esto no es purafantasia. Se asalta a hombres y mujeres, incluso a niños para robarles su bicicleta o sus zapatos nuevos. Se desprecia olímpicamente la vida.

Se fuerzan las puertas de los vehículos o de los hogares para llevarse dinero, joyas, equipos de sonido, televisores...

Y lo que se hace con los individuos, se repite a gran escala con pueblos enteros. Podemos traducir así la narración evangélica: Una nación cayó en manos de países salteadores que, después de despojarle y golpearle, la dejaron medio muerta.

Hoy la Unctad constata que hay 47 naciones moribundas. Ahí están en medio del camino, esperando una mano amiga.

Pero las cosas se han complicado de tal manera que nadie quiere acercarse al moribundo. Porque da asco, o me puede contagiar, o la policía pueda acusarme de complicidad. Mejor será mirar para otro lado, dar un rodeo y, si me preguntan, decir cándidamente: No he oído, no he visto, no sé nada.

La Unctad dice que hay que adoptar medidas de perdón. Pero los países ricos actúan como el sacerdote y el levita: "Bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio, le vio y dio un rodeo" (Lc 10, 31-32).

Podríamos buscar culpables pero la cosa es tan urgente que no admite demora.

Un desconocido samaritano se encontró con el moribundo. No se lavó las manos diciendo: "Yo no fui". No tomó una lupa para descubrir en el suelo las huellas de los culpables fugitivos. Ni tampoco improvisó un discurso sobre la corrupción administrativa de los gobernantes de turno. Todo eso está muy bien, pero la víctima se está muriendo. ¿Qué hizo el samaritano? "Tuvo compasión" (Lc 10,33). Tuvo misericordia. Hay que comenzar por aquí. La misericordia desatará un dinamismo de solidaridad, de cercanía, de hermandad gratuita.

Estamos viendo al samaritano, un hombre hereje o cismático para los judíos, un hombre que nunca va al templo de Jerusalén, un hombre a quien se le niega el saludo y la palabra (los judíos no se tratan con los samaritanos, Jn 4,9), en fin, un hombre que no se pregunta si el moribundo es judío, para poder dejarlo morir, en venganza a sus desprecios raciales. El samaritano se olvidó de todas las rencillas fronterizas y borró las barreras de separación. Porque se compadeció. La misericordia, la capacidad de perdón es la fuerza que salvará al mundo.

Esta parábola no se queda a merced de las interpretaciones que quieran darle fariseos, sacerdotes, doctores de la Ley. El mismo Jesucristo fuerza a buscar la respuesta adecuada: "¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? El le dijo: 'El que practicó la misericordia con él'. Díjole Jesús: 'Vete y haz tú lo mismo'" (Lc 10, 36-37).

No dice Jesús: Haz como el sacerdote o como el levita. No puede Jesús decir eso porque ni el sacerdote ni el levita tuvieron misericordia. Sin un corazón misericordioso no se puede obrar como el Padre ni seguir las huellas de Jesucristo, buen samaritano que salió al encuentro de todos los que sufrían y lloraban.

Con los 500 años desde la llegada de Colón a América, quizás estamos perdiendo el tiempo discutiendo quiénes tuvieron la culpa, tú o yo, mientras tanto América Latina se está muriendo.

Escribe Eduardo Galeano: "América Latina es una región que ha venido sufriendo, desde finales del siglo XV un proceso incesante de saqueo. En ese proceso de saqueo le han ido secuestrando muchas cosas: el oro, la plata, el cobre, el petróleo, el salitre, el caucho... y también la memoria".

Hoy todos somos culpables si no salimos al encuentro de los empobrecidos de este nuevo mundo que ya está tan consumido que parece un mundo viejo.

En medio de los preparativos de esta efemérides y del derroche ostentoso de dinero sin ningún alivio para las necesidades de este Continente, habría que pensar en actuar como el buen samaritano, comenzando por tener misericordia.

Me sorprendió agradablemente la noticia de que el Gobierno español está estudiando la condonación de la deuda que tienen contraída con España los países latinoamericanos. Dicen que son 600.000 millones de pesetas. Eugenio Nasarre comenta: "Es, a mi juicio, una buena noticia, que merece el apoyo decidido de la opinión pública y de las fuerzas sociales y políticas del país" (Vida Nueva, 18 enero 92, pág. 119).

Sería actuar como el buen samaritano, teniendo compasión. No apelemos a derechos de conquista, de fuerza bruta, o de mayor inteligencia. Jesucristo alabó al Padre porque se ocultó a sabios e inteligentes y se reveló a los pequeños (cf. Mt 11,25). No invoquemos contratos de justicia, sobre los cuales mucho habría que discutir. Un hombre se está muriendo, tengamos misericordia. Después podremos hablar de Derecho Romano, si gustan.

Esta mañana volví a leer el sermón que un 21 de diciembre de 1511 pronunció Montesinos en una iglesia de Santo Domingo. Esa homilía si que fue un descubrimiento del espíritu cristiano para todos aquellos encomenderos que se creían en paz con Dios. Pero, como los fariseos, endurecieron sus corazones y no escucharon la voz del Señor.

Hagamos silencio y escuchemos una vez más a Montesinos, siquiera el párrafo central de su profecía:

“Todos estáis en pecado mortal y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid, ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansos y pacíficos, donde tan infinitos de ellos, con muertes y estragos nunca oídos habéis consumido? ¿Cómo los tenéis tan opresos y fatigados, sin darles de comer ni curarlos en sus enfermedades que de los excesivos trabajos que les dais, incurren y se os mueren y, por mejor decir, los matáis por sacar y adquirir oro cada día? ¿Qué cuidados tenéis de quien los doctrine y conozcan a su Dios y Creador, sean bautizados, oigan misa, guarden las fiestas y domingos? Estos ¿no son hombres? ¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis? ¿Esto no sentís? ¿Cómo estáis en tanta profundidad de sueño tan letárgico dormidos?”.

Sí, estamos obligados a amarlos como a nosotros mismos. La misericordia cristiana nos impide despreciarlos, oprimirlos, darles muerte.

En las sendas de la vida, se están muriendo hermanos nuestros. Se buscan samaritanos. ¿Podremos hacer algo tú y yo?

La misericordia nos juzga

Estuve dudando al escribir el encabezamiento de este capítulo. ¿Qué debería poner: no juzga o nos juzga? Porque la persona misericordiosa no juzga a nadie. San Pablo lo dice en general de la caridad: “La caridad es paciente... no es envidiosa, no es jactanciosa... no se irrita; no toma en cuenta el mal... Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta” (1Co 13, 4-7).

Según eso, lo apropiado sería: La misericordia NO juzga. Porque la esencia de la misericordia es el amor.

Sin embargo, he terminado por preferir: La misericordia NOS juzga; en el sentido de que quien no obra con misericordia ya está siendo juzgado. Análogamente Juan lo dice de la fe: “El que cree en El, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado” (Jn 3,18).

El mensaje que quiero comunicar es éste, sintéticamente: el misericordioso no juzga, el falta de misericordia ya está juzgado.

El no juzgar es fundamentalmente una actitud de misericordia. Así lo propone Jesucristo: “No juzguen, para que no sean juzgados. Porque con el juicio con que juzguen, serán juzgados” (Mt 7, 1-2). Pablo redondea el pensamiento: “No tienes excusa, quienquiera que seas, tú que juzgas, pues juzgando a otros, a ti mismo te condenas” (Rm 2,1).

En el contexto de Lucas aparece más claro, porque comienza escribiendo: “Sean misericordiosos como el Padre es misericordioso”. Y sigue: “No juzguen y no serán juzgados, no condenen y no serán condenados: perdonen y serán perdonados” (Lc 6, 36-37).

Algunos dicen: “es imposible dejar de juzgar, porque somos seres racionales”. Es cierto. Pero hablamos no del juicio racional, sino del juicio cordial, porque nos estamos moviendo en el terreno de la misericordia, que se refiere a la afectividad y no simplemente a lo

intelectual. Pero eso se verá con mayor nitidez a lo largo de la exposición.

En cuanto a la segunda parte del mensaje: el fallo de misericordia ya está juzgado, se afirma con fuerza en varios pasajes, como aquel en que Santiago nos recomienda: "Hablen y obren tal como corresponde a los que han de ser juzgados por la Ley de la libertad. Porque tendrá un juicio sin misericordia el que no tuvo misericordia; pero la misericordia se siente superior al juicio" (St 2, 12-13).

El pasaje determinante es la parábola del pastor separando las ovejas de los cabritos. ¿Cuál es el criterio definitivo para esa separación? Únicamente la misericordia, bajo diversas figuras. Son las clásicas obras de misericordia de nuestros antiguos catecismos: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, hospedar al forastero, auxiliar al enfermo, visitar al encarcelado... No es criterio la observancia legal sin misericordia, ni una oración despiadada, ni el sacrificio, ni la ciencia, ni la fe, ni la profecía, ni el hacer milagros. "Si no tengo caridad, nada me aprovecha" (1Co 13, 1-3).

Si nos tomamos la molestia de repasar en los evangelios las escenas en las que Jesús juzga las actuaciones humanas, vemos que rechaza sistemáticamente todas las que no son misericordia. Así la profecía, la capacidad de exorcismo, la milagrería: "¿No profetizamos en tu nombre y en tu nombre expulsamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Entonces les declararé: "Jamás les conocí, apártense de mí, agentes de iniquidad" (Mt 7, 22-23).

El publicano salió del templo justificado (Lc 18,14). A la mujer adúltera Jesús le dijo compasivo: "Tampoco yo te condeno" (Jn 8,11). "En verdad les digo que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios" (Mt 21,31).

Ni siquiera cierta familiaridad externa con el Mesías puede ser criterio salvífico: "Hemos comido y bebido contigo, has enseñado en nuestras plazas". Les volverá a decir: "No sé de dónde son. Retírense de mí, agentes de iniquidad" (Lc 13, 26-27).

Tampoco la virginidad será un factor decisivo. Hay cinco vírgenes que oirán de labios del esposo: "En verdad les digo que no las conozco" (Mt 25,12).

Nos juzgará la misericordia. Actuar despiadadamente nos cierra las puertas del Reino: "Cuanto dejaron de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejaron de hacerlo. E irán éstos a un castigo eterno" (Mt 25, 45-46).

Tenemos tan infiltrado en lo íntimo del ser la autosuficiencia, que a la misericordia la catalogamos como propia de gente débil. El autoritarismo, el rigorismo y similares, tienen mejor propaganda. Muchos sucumben ante la fenomenología de una ascética sólo aparente. Pablo nos pone en guardia: "Tales cosas tienen una apariencia de sabiduría por su piedad afectada, sus mortificaciones y su rigor con el cuerpo; pero sin valor alguno contra la insolencia de la carne" (Col 2,23).

La caza de brujas y la hoguera para los herejes han sido siempre tentación de quienes se consideran grandes amigos del Omnipotente. "Llegará la hora en que todo el que les mate, piense que da culto a Dios" (Jn 16,2).

Hay que descubrir la misericordia. La nueva evangelización será misericordia, frente a la violencia, frente a las cruzadas, frente al rigorismo de una ortodoxia sin corazón.

El martirio Dios no lo quiere; ni el de los cristianos, ni el de los herejes o ateos. América Latina está siendo martirizada, porque no se da cabida a la misericordia. La guerrilla, el terrorismo, el fanatismo, y todo tipo de violencia no comprenden el sentimiento de misericordia. No podemos mencionar a todos los inocentes asesinados. Pero las crónicas eclesiológicas conservan sus catálogos de víctimas, que deben convencernos de que la misericordia está desterrada de los corazones de muchos hombres.

Copio el dato de una revista de tantas: "Un creciente número de misioneros y misioneras han tenido que dar sus vidas a causa de sus dedicados servicios en los países del Tercer Mundo. Recientemente, el periódico Internacional Fidesdienst dijo que, desde 1980, 107 misioneras y misioneros fueron muertos. De ellos 3 eran Obispos y 73 sacerdotes.

Sólo en 1989, 22 misioneros y religiosas sufrieron una muerte violenta. Doce de los asesinatos ocurrieron en América Latina, 8 en África y 2 en Asia. Dos de las víctimas eran obispos: Pietro Salvatore Colombo OFM, el obispo italiano de Mogadiscio (Somalia) y Jesús Emilio

Jaramillo, obispo de Arauca (Colombia), miembro del Instituto de las Misiones Extranjeras de Yarumal. Entre los 18 sacerdotes que fueron asesinados, había 6 jesuitas y cuatro capuchinos. Los otros pertenecían a diversas Ordenes. Una de las religiosas que murieron era Franciscana Misionera de María, y otra era miembro de la Congregación de las Hermanas de María”.

Hay que descubrir la misericordia y darle prioridad en nuestra vivencia cristiana. Volver al Evangelio es volver a la actitud misericordiosa del buen samaritano. Hacer el bien sin distinciones de credo, de sexo, de raza, de color de la piel, de países o de culturas. La misericordia no tiene ideología, y por ser misericordia, dará preferencia a los más necesitados.

El 21 de julio de 1991 quienes transitaban por la plaza de San Francisco, en Quito (Ecuador) quedaron sorprendidos al ver llegar a un grupo de religiosos y laicos con sus estandartes y banderas. Se pararon delante de la iglesia colonial franciscana, y uno de ellos, subiéndose a un taburete y por medio de un megáfono, comenzó a proclamar un original pregón:

“Hace más de 800 años, un joven de Asís abjuró de la codicia y de la violencia, del poder prepotente y dominador. Quiso ser pobre para alcanzar un nuevo estilo de vida... Si todos somos hermanos, los bienes de la tierra deben ser compartidos por todos.

Imposible, dirán algunos. Sin embargo, para Francisco fue posible. De alguna manera, vivió la utopía. La utopía del Evangelio, pues su propuesta es eso: vivir el Evangelio...

Hoy, en esta tarde, a través de nuestro pregón, queremos traerles no el mensaje de los conquistadores. Venimos a proclamar el pregón de la Esperanza, aquél que nos dice que la utopía es posible”.

Yo también quiero unirme a mis hermanos, franciscanos y no franciscanos, para pregonar la esperanza de la misericordia. Es posible un mundo misericordioso, sin mártires, sin víctimas. Y será realidad cuando cada uno de nosotros comience a sembrar misericordia. Los misericordiosos alcanzarán misericordia. Los inmisericordes, ya están juzgados. Dios tenga misericordia de todos, con esa misericordia que es superior al juicio. Amén.



Opción misericordiosa

Pablo está prisionero. Y en su oración pide que "pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, del cual soy embajador entre cadenas" (Ef 6, 19-20).

"Misterio del Evangelio" ¿qué quiere decir Pablo con esa expresión? Antes la gente desconocía la realidad de ese misterio: "Misterio que en generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu" (Ef 3,5).

San Pablo llegó a conocerlo: "me fue comunicado por una revelación el conocimiento del Misterio" (Ef 3,3).

Anunciar este Misterio requiere valentía: "Que pueda hablar de él valientemente como conviene" (Ef 6,20).

Para decir que dos y dos son cuatro, no se requiere valor. En cambio, anunciar el Misterio del Evangelio es un riesgo y no todos están dispuestos a arriesgar la vida.

¿Cuál es el contenido de ese misterio que trae tantas complicaciones? Los hombres siempre pensaron que la felicidad, la bienaventuranza, el Reino de Dios era para los buenos. Los fariseos despreciaban a los pecadores, porque pensaban que el Santo por excelencia tenía que rechazar a esa masa miserable formada por herejes, lujuriosos, blasfemos, impíos, samaritanos, publicanos...

Pero Cristo sorprende a estos santurriones diciendo que el Reino de Dios es para los pecadores: "No he venido a llamar a los justos, sino a pecadores" (Mc 2,17). Es la realidad de la misericordia de Dios. Decir que busca a los pecadores es atraerse la persecución de los supuestamente buenos. Y eso es lo que le pasó a Jesús. Lo sacaron de en medio, crucificándolo.

Pablo cuando descubrió el Misterio, experimentó que ya no podía vivir en paz. Comenzaron las persecuciones... "Trabajos, cárceles, azotes, peligros de muerte... Tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado... peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros entre falsos hermanos..." (2Co 11, 23-26).

El misterio del Evangelio es el misterio de la misericordia. "Dios, rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, estando muertos por nuestros delitos, nos vivificó... Han sido salvados por la gracia y esto no viene de ustedes, sino que es don de Dios" (Ef 2, 4-8).

Los fariseos decían: Dios ama a los que aman a Dios, a los buenos.

Jesús responde: "Si aman a los que les aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a los que les aman. Amen a los enemigos y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos" (Lc 6, 32-35).

Pablo lo dice con otras palabras: "La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros... Si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios..." (Rm 5, 8-10).

Amar a los amigos lo hace cualquiera. Eso no es misericordia. Misericordia es precisamente amar a los enemigos. Y éste es el misterio del Evangelio. Anunciar esto no es fácil, uno se atrae en seguida las iras de la gente bien, que se siente postergada por el mismo Dios. Tal anuncio no lo pueden sufrir y reaccionan con la persecución, con la intolerancia. No soportan un Dios misericordioso, no digieren la misericordia.

Cuando oímos hablar de amar a los enemigos, nos resulta intolerable. Pero tenemos que pensar que la misericordia del Señor comenzó dándonos ejemplo, amándonos y perdonándonos a nosotros, que somos unos pecadores redomados.

Jesús nos lo quiso dar a conocer narrando la parábola del siervo sin entrañas. Un Rey tenía un siervo que le debía mucho dinero. El siervo le suplicó: Ten paciencia conmigo. "Movido a compasión, le perdonó la deuda" (Mt 18,27). El Rey ejerce misericordia.

Pero el siervo tiene un compañero que le debe una insignificancia. El compañero le hace la misma súplica que el siervo había hecho al Rey: "Ten paciencia conmigo" (Mt 18,29). Este siervo parece que ha perdido la memoria, no se acuerda de que el Rey fue misericordioso y que él también debe ser misericordioso. Pero ¡qué va! Aquí actúa el misterio de la iniquidad (2Ts 2,7). La indignación del Rey se comprende: "¿No debías tú compadecerte de tu compañero del mismo modo que yo me compadecí de ti?" (Mt 18,33).

Se diría que la misericordia es fácil, pero somos absurdos y contradictorios. Disfrutamos de la misericordia divina, pero no queremos colaborar con ella en favor de los demás.

Leí recientemente un comentario bíblico: "El sentido genuino de la cruz no está tanto en su valor soteriológico, sino en el alcance revelador del corazón de Dios. Dios no nos ama a causa de la cruz, sino hasta el límite de la cruz" (Jaime Ceide).

La misericordia hace referencia a la miseria. No es un amor cualquiera, sino amor a los pobres, a los enemigos, a los pecadores. Eso es lo misterioso, lo incomprensible, y los que se atreven a anunciarlo, son apaleados, masacrados, eliminados. Por eso Pablo pedía valentía para anunciar el Misterio del Evangelio.

Siempre ha habido personas que cuando oyen hablar de la opción por los pobres, ponen mala cara. A mí a veces me da miedo mencionar esta preferencia. Y no me extraña que cuando se establece esta tesis, se trate de adjetivarla. No queremos escandalizar y añadimos atenuaciones, con la mejor buena voluntad del mundo. Dios es Dios de todos, también de los ricos. ¿Quién se atreverá a negar esto? La opción por los pobres no puede ser excluyente ¿y quién dice lo contrario? Y así vamos eliminando el escándalo del Misterio del Evangelio. Ya no hará falta pedir valentía para anunciar un evangelio aguado, y seremos felicitados con palmaditas en la espalda. Lamentablemente Jesús crucificado no está de acuerdo con tales gestos de amistad: "¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de ustedes! De ese modo trataron sus padres a los falsos profetas" (Lc 6,26).

Me he preguntado muchas veces que adjetivo pondría yo a la palabra "opción". Estoy de acuerdo con que sea preferencial, y no excluyente. Pero me parece que apenas añaden a la idea de la opción.

Tratándose de la opción por los pobres, me atrevo a sugerir que la opción tiene que ser misericordiosa. Porque no es fruto de un planteamiento filosófico, ni la conclusión de un silogismo, ni resultado de un raciocinio. La opción sólo es admisible como fruto de la misericordia, de la compasión.

No es que los pobres sean buenos por ser pobres. Cuando razonamos así, no nos salimos del planteamiento farisaico, porque continuamos diciendo que Dios ama a los buenos, y como los pobres son buenos, por eso Dios hace una opción por ellos.

No hay que negar la realidad. Los pobres son también pecadores, y sucios, y malolientes, e ingratos, y avariciosos. O como escribía J.M. Cabodevilla: "Los pobres probablemente tienen el alma llena de codicia, pero sobre todo tienen las manos vacías. Envidian a ricos, pero sobre todo son explotados por ellos. Quizás son mal intencionados, negligentes, resentidos, pero sobre todo son pobres. No son más veraces que los demás; pero son constantemente engañados y defraudados por los demás. No son observantes de la ley; pero sobre todo son víctimas de la ley. No aman a Dios más que otros; pero son amados por Dios más que los otros".

Esto es un misterio tremendo. Un absurdo para la razón humana. "Escándalo para los judíos, necedad para los gentiles" (1Co 1,23).

Sólo la misericordia nos da una pista para no afirmar lo absurdo. Porque misericordia no es amar lo amable, sino lo carente de amor. La misericordia es apertura a la miseria, es una extraña conjunción de miseria y de caridad (miseria + corazón). Por eso misericordioso en verdad y profundidad sólo es Dios. Los demás podemos aspirar a la misericordia por pura donación de lo alto. Cuando somos misericordiosos, seguimos las huellas del Señor. Cuando nos volvemos duros y rigoristas, estamos en las antípodas del corazón del buen Dios.

El adjetivo propio de la opción por los pobres, tiene que ser "misericordiosa", opción misericordiosa.

Porque en definitiva, siempre y en todo lugar, nuestra opción cristiana es por la misericordia.

Misericordia y eficacia

En un vuelo internacional me ofrecieron como lectura revista nueva para mí: "Criterios" (Economía, Finanzas, Gerencia, Tecnología). La temática de esa revista no era de mi especialidad pero en esas circunstancias uno se dispone a leer lo que sea, con tal de distraerse. Abro sus páginas y tropiezo con un título llamativo: "Teoría de la Madre Teresa", de William B. Irvine (Criterios, 1 de julio de 1991, pp. 17-18).

Después de leerlo con atención, dediqué el resto del viaje a reflexionar sobre el mismo. El autor distingue la compasión verdadera, (la de la Madre Teresa), y otras compasiones. Supongo que las otras compasiones son falsas, al calificar de verdadera sólo a la primera.

"Hay dos teorías de la compasión... La primera es la que llamo 'Teoría de la Madre Teresa': la persona A tiene compasión de la persona B, y dedica su tiempo, esfuerzo o dinero en socorrer a la persona B.

La otra es la teoría estatista: la persona A tiene compasión de la persona B y exige que la persona C socorra a la persona B".

En este enfoque estatista (porque el Estado impone gravámenes a las personas C para socorrer a las personas B), las representadas por la letra A serían unos caraduras. La propuesta del autor es que cada uno haga lo que pueda, pero que dejen en paz a las personas C. Yo supongo que las personas C serán las de grandes ingresos, y por eso el Estado les recarga con impuestos. El autor prefiere que las personas C den lo que quieran, sin que se les fuerce. Así la misericordia será libre. Pero el carácter obligatorio que le da la teoría estatista destruye el verdadero espíritu de caridad, dice Irvine.

Creo transmitir con fidelidad el pensamiento de este artículo, y que mis lectores lo hayan captado en forma clara. ¿Cuáles fueron mis reflexiones en ese viaje aéreo?

que hay tres tipos de compasión o misericordia: 1ª) A como puede. 2ª) A no socorre a B y quiere que C socorra a B y quiere que C también socorra a B.

La primera misericordia es buena y necesaria, pero ordinariamente no trasciende más allá de lo meramente asistencialista. Uno se ve desbordado por el cúmulo de necesidades y no puede satisfacerlas todas. Por otra parte carece de criterio para discernir si la persona es verdaderamente necesitada o es un estafador que finge maravillosamente.

La segunda misericordia, en las personas A, me parece una hipocresía. Es lavarse las manos. Tal como se describe, hay que rechazarla. Lo que yo pienso, es que estos casos no son tan frecuentes como defiende el autor del artículo.

La tercera misericordia me parece la más evangélica y eficaz. Porque ya no se deja sólo a la iniciativa privada, que ordinariamente es sólo asistencialista. Necesitamos organizarnos para que la ayuda sea más eficaz, para evitar engaños. Ciertamente está el peligro de la burocracia, pero salvado este escollo, hay que buscar la organización para combatir la pobreza.

Por otra parte, al no dejarlo todo al Estado o a organizaciones oficiales, sino que cada uno tiene una relación personal con los necesitados, se mantiene vivo el sentimiento de compasión. El refrán reconoce que "ojos que no ven, corazón que no siente".

O sea, que en este tercer tipo se une la misericordia personal con la misericordia social. Puede haber mayor eficacia y se supera la privacidad, a la que algunos quieren reducir el mensaje evangélico.

Además, si tenemos en cuenta lo que el Papa y otros documentos eclesiales afirman reiteradamente, que hay pobres porque hay ricos, entonces el peso primordial de ayudar a los necesitados recae sobre las personas C, porque en el fondo se trata de restituir, lo cual es un deber de justicia.

Si se dejara a los ricos que dieran lo que quisieran, ocurriría lo que denunció Jesús a propósito de los que echaban limosnas en el gazofilacio del templo: La pobre viuda ha echado más que todos los ricos. "Porque

éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado lo que necesitaba" (Lc 21,4).

La Madre Teresa y sus monjas están haciendo más de lo que pueden, y esto es ya un ejemplo para todos los individuos del grupo C. La Madre Teresa y sus monjas a través de la misericordia reclaman justicia y piden que los Gobiernos contribuyan eficazmente a solucionar la miseria. La Madre Teresa y sus monjas van recogiendo moribundos, pero desearían que el Estado no fuera dejando a esos moribundos por ahí, mientras que a nivel de estamentos oficiales y en los círculos de la alta sociedad se malgasta el dinero a millones. La Madre Teresa y sus monjas hacen lo que buenamente pueden, pero quieren eficacia, que se acabe de una vez la injusta desproporción entre los ricos Epulones y los pobres Lázaros. Ellas van poniendo remiendos, pero desean tejer un vestido nuevo inconsútil, sin diferencias ni desgarros.

Todos sabemos que la eficacia es obra de Dios: "No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios" (2Co 3,5). Dios da la eficacia pero esto no nos exime de poner de parte nuestra los medios oportunos. El Señor hará que podamos cosechar, pero nosotros tenemos que sembrar: "Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios que hace crecer" (1Co 3, 6-7). "De igual modo ustedes, cuando hayan hecho todo lo que les fue mandado, digan: "Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer" (Lc 17,10).

Lo que Dios nos pide es la misericordia. Y nos la pide a todos, a los A, a los C y también a los B. Pero al mismo tiempo que hacemos misericordia, tenemos que poner los medios que juzguemos más eficaces para combatir la miseria. Después, tenemos que confiar en que Dios dé la eficacia a nuestros pobres recursos. Desde el punto de vista de la eficacia, es lo que Pablo afirma: "No se trata de querer o de correr, sino de que Dios tenga misericordia" (Rm 9,16).

Provenimos de la misericordia de Dios y vamos hacia la misericordia del Padre. La misericordia es la atmósfera que debemos respirar, y el estilo vital de todo cristiano. Si rehuimos la misericordia, ¿dónde encontraremos refugio? Sin misericordia estamos perdidos.

Una parábola de los pemones: "La pequeña oruga está comiendo su hierba. La encontró un ciempiés y le preguntó: ¿Qué estás haciendo, hermana? La oruga respondió: Aquí estoy, hermano, comiendo mi hierba.

De pronto la oruga no encontraba su casa y se puso triste. ¿Qué te pasa, hermana? le dijo el ciempiés. Estoy afligida, porque no encuentro mi casa. El ciempiés le ofreció su casa, que era un agujero en la tierra. A la oruga no le gustó: Yo no quiero vivir dentro de la tierra.

Y la oruga pensando, se dijo: Quiero vivir como una mariposa. Rompió el capullo que la retenía, y se marchó volando como una mariposa, después de haber sido una oruga".

En su brevedad, el cuento insinúa una enseñanza moral: no hemos sido creados para vivir bajo tierra sino para volar en lo azul del cielo. Es la esperanza en la resurrección.

Yo me permito traducirla en el contexto de nuestra reflexión: hemos nacido para la misericordia, no para enterrarnos en nuestro egoísmo e indiferencia.

Aunque somos rebeldes a la gracia, y tal vez precisamente por nuestra rebeldía, damos oportunidad a Dios de mostrar su misericordia: "Pues Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos su misericordia" (Rm 11,32).

Me gustan las palabras de Pedro, tan humildes, para cerrar este capítulo: "En conclusión, tengan todos unos mismos sentimientos, sean compasivos, ámense como hermanos, sean misericordiosos y humildes. No devuelvan mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendigan, pues han sido llamados a heredar la bendición" (1P 3, 8-9).

La bendición florecerá en los corazones misericordiosos.

Semilla de unidad

Hoy me he enterado del fallecimiento de José María Llanos, un jesuita a quien yo admiraba. En una primera etapa de su vida, se dedicó a una labor pastoral entre jóvenes universitarios. Pero el P. Llanos, dócil al espíritu, descubrió el Misterio del Evangelio, la invitación a la misericordia. Y como la misericordia es inseparable de los que sufren, de los que lloran, de los empobrecidos, José María se fue a buscarlos al Pozo del Tío Raimundo, un barrio marginal de la capital de España. Y allí transcurrió su vida, hasta el 10 de febrero de 1992 cuando el Padre lo llamó a descansar. Testimonios así son para agradecer y seguirlos en la medida de nuestras posibilidades.

El último año que pasé en Caracas, un sábado de enero el P. Charly, norteamericano de Maryknoll, me invitó a conocer su campo evangelizador: el barrio Tacagua. Vino a buscarme con su jeep renqueante, y antes de llegar al barrio, frenó delante de una panadería: "Permíteme comprar un poco de pan". Después me explicó: "Siempre les llevo panecillos a los niños, y hago que aprendan a repartir el pan entre ellos. Así comprenden poco a poco el símbolo de la fracción del pan".

El jeep hizo su entrada en el barrio con el ruido de latas viejas que ya era familiar a los habitantes del cerro. Los niños salían y saludaban a gritos: "Charly, Charly..." Asistí con asombro a la ceremonia "eucarística". Charly entregó a un pequeño el pan, y éste con un gran sentido de responsabilidad, lo fue partiendo entre todos.

Después entramos en el rancho del misionero: no desdecía de los otros ranchos. Planchas, cartón-piedra, tablas. Un cuarto de baño sin agua corriente. Lo corriente es el agua sucia por la calle, delante de las casas.

Su vida fue un mensaje impactante para mí. Porque el P. Charly, y todos los misioneros de Maryknoll que conozco, han optado decididamente por los barrios miserables. Ellos que proceden del país con mayor alto nivel de bienestar, se han dejado conmover por la miseria de esta gente. Viven la misericordia. Yo agradezco a Dios el que me haya permitido conocerlos y trabajar en ocasiones con ellos. Su hermandad me ha hecho mucho bien. Y que me perdonen si ofendo su modestia con estas confesiones sinceras.

También he conocido otros religiosos, sobre todo religiosas (en esto de vivir en inserción las religiosas han sido más valientes que los hombres) que han ido a sumergirse en las quebradas más hediondas, o que se han encaramado en cerros casi inaccesibles, compartiendo falta de luz, de agua, de seguridad, de higiene y otras mil calamidades que sólo conocen quienes las sufren.

¡Qué a gusto me encontraba con estos religiosos y religiosas cuando me invitaban a orar, a meditar, a confesar a los niños de sus catequesis, a celebrarles una misa en la capillita tan pobre, a celebrar un cumpleaños compartiendo la torta con sus velitas prendidas!

Que fueran de Maryknoll, o hermanitas del Evangelio, Dominicanas, Compasionistas, de las de Nazaret, y tantos otros nombres que sería largo recordar, no importaba. Eramos todos hermanos, unidos en lo más genuino del Evangelio, aunque nuestros hábitos religiosos fueran de diferente color y forma. Los pobres nos hermanaban.

Siempre pensé que la verdadera fuerza ecuménica es la misericordia. Las verdades y los dogmas con frecuencia se utilizan como barreras de separación. Se excomulgó a Miguel Cerulario el año 1054, a Martín Lutero en el siglo XVI. La historia de los heterodoxos es larga y triste.

Me atrevería a asegurar que en todos los conflictos sociales, políticos, económicos y religiosos lo que falla, en una u otra parte, es la misericordia. Se prefiere el sábado antes que el hombre, contra la afirmación evangélica de que el sábado es para el hombre y no viceversa (cf. Mc 2,27).

La misericordia nos une, como unió al herético samaritano con el hombre malherido en el camino. La falta de misericordia hizo que los

ladrones maltrataran al caminante solitario. También el sacerdote y el levita de la parábola fueron inmisericordes, apresurando el paso con pretexto del culto divino.

La compasión tiene una fuerza ecuménica que quizás estamos menospreciando. "Aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy" (1Co 13,2).

El Misterio del Evangelio es la predilección de Dios por los pobres y pecadores. Y en la última cena, Jesús hace una oración impresionante. Pide la unidad. No creo que fuera la unidad jurídica lo que le preocupaba en aquel momento, sino la unidad en el amor: "Para que sean uno como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como me has amado a mí" (Jn 17, 22-23). "Yo les he dado a conocer tu Nombre, y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17,26).

Pero el amor a los que nos aman no es suficiente; ése, es un amor que tienen también los paganos, es un amor natural. El amor que identifica a los cristianos es el amor a fondo perdido, el amor sin recompensa, el amor "a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso porque no te pueden corresponder" (Lc 14, 13-14).

Este amor a fondo perdido es lo que llamamos misericordia. La unidad que Jesús pide al Padre es la unidad ecuménica de la misericordia, que gira en torno a los pecadores, a los pobres, a los enfermos.

La verdad es que la irrupción de los pobres en la espiritualidad, en la experiencia pastoral, en la misma liturgia, ha fraguado una unidad nueva entre los hermanos separados. A lo peor, en torno a una mesa de estudio, no somos capaces de entendernos. Por una "iota", por discutir si tenía que decirse "omoiúsios" u "omoiúsios" nunca pudieron ponerse de acuerdo arrianos y católicos. Y no es que se niegue a la Iglesia el derecho a la verdad. Insisto en que es mucho más importante y decisivo el derecho a la misericordia. Ya lo meditamos en capítulos anteriores, que el juicio a la historia Dios lo hará en base a nuestro comportamiento misericordioso (Mt 25, 31-46).

Los que no se entienden para precisar una frase dogmática, se ponen de acuerdo en seguida para llevar un enfermo al hospital, o ir juntos a solicitar el agua corriente para el barrio ante el Concejo municipal. Esta es la fuerza de la misericordia, que humilde y silenciosamente va cambiando nuestros corazones, nos une en el amor y nos puede llevar a la verdad completa (cf. Jn 16,13). Porque a Dios no se le conoce sólo intelectualmente, sino ante todo por el amor: "Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1Jn 4,8). Este es el servicio fundamental que brinda la misericordia: descubrimos en el prójimo la presencia sacramental de ese Amor que es Dios.

San Buenaventura describe la misericordia que se reflejaba en la vida del pobrecillo Francisco: "Se conmovía su corazón a la vista de los enfermos y de los pobres, y a quienes no podía echarles una mano, les ofrecía su cordial afecto; y es que cualquier necesidad o deficiencia que viera en alguna persona, la refería al mismo Cristo. Como en todos los pobres veía la imagen de Cristo, al encontrarse con ellos, no sólo les daba liberalmente aun aquellas cosas necesarias para la vida que a él le habían proporcionado, sino hasta juzgaba debían serles restituidas como si fueran propiedad suya" (Leyenda menor 3,7).

El mismo Francisco escribió una carta a cierto ministro de la Orden diciéndole cómo había de comportarse con los hermanos que pecan: "Que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiese pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido misericordia, si es que la busca. Y si no busca misericordia, pregúntale tú si la quiere. Y, si mil veces volviera a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales".

Este es el camino de la hermandad y de la unión, la misericordia. El mundo volvería a ser uno y superaría las miserias humanas, si ejercitáramos la misericordia. Porque ésta es semilla de unidad.

Francisco se hizo pobre, el P. Llanos se fue a vivir al Pozo del Tío Raimundo, muchas religiosas dejaron los grandes conventos o colegios para comenzar a vivir entre los abandonados. Y esto lo hicieron siguiendo el ejemplo de Dios que se hizo hombre pobre, para que todos fuéramos uno. Detrás de esos gestos está siempre la misericordia.

Por eso me atrevo a afirmar que la misericordia es la gran fuerza germinal de ecumenismo. Seremos hermanos por la misericordia, por el perdón, nunca por los anatemas. Caminemos nuestros caminos sembrando misericordia. Un día florecerán.

«Misericordia» sin misericordia

No es ningún juego de palabras, sino una triste realidad. A veces se realizan obras de misericordia, sin espíritu de misericordia. Enseñar al que no sabe, es una obra de misericordia, pero ¡cuántas veces lo hacemos sin ninguna misericordia, golpeando, insultando, amenazando! Dar limosna al pobre es una obra de misericordia, pero con frecuencia lo hacemos para sacarnos de encima al que nos parece un impertinente o un indeseable. Al que nos pregunta algo, le respondemos con mal humor, con cara avinagrada, sin saber sonreír.

Es habitual hablar mucho de las obras de misericordia, pero las obras en cuanto obras no nos salvan: "Nadie será justificado por las obras de la ley" (Rm 3,20). Hay que vivir "según el espíritu y no según la letra" (Rm 2,29). "Somos ministros no de la letra, sino del Espíritu. Pues la letra mata, mas el Espíritu da vida" (2Co 3,6).

Las obras de misericordia necesitan Espíritu para vivificar; dicho de otra manera: las obras de misericordia necesitan misericordia. Así lo expresa Pablo en el himno a la caridad: "Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha" (1Co 13,3).

Hay obras de caridad que son una falta de caridad, porque humillan a quien las recibe. Hay que hacer el bien con la delicadeza con que Dios permite a la violeta que perfume el ambiente sin que la descubramos en medio de la hierba. "Cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha" (Mt 6,3).

Aquí radica el gran error de todas las dictaduras. Pretenden hacer el bien, al menos eso dicen, pero lo hacen violentamente. No hay misericordia.

Ya aludí antes a los acontecimientos del 27 de febrero de 1989 en Caracas. Se ha venido designando como el Caracazo. La represión

militar sucesiva fue virulenta. El allanamiento de los ranchos, la aplanadora militar por cerros y quebradas, los tiroteos, los gritos de dolor y después... el silencio de la muerte.

Comenzó el peregrinar de los familiares: ¿Dónde está mi hijo, mi hermano, mi padre? Si ustedes lo mataron, díganme al menos dónde lo enterraron, para escribir su nombre en la tumba, para ponerle una cruz, ofrecerle unas flores humildes, prenderle un cirio. Quiero conocer su sepultura para llorarle, para mantener vivo su recuerdo.

Nadie quiere saber nada, todos se encogen de hombros, nadie dice nada. En medio del hermetismo oficial, los rumores circularon libremente, como la brisa de la mañana, antes que la contaminación saturara la atmósfera.

Comenzó un nuevo peregrinaje, ahora hacia el cementerio del sur, al lugar que dicen "La Peste". ¿Por qué le habrán puesto ese nombre? Es tan horrible...

Allí dicen que los enterraron, en fosas comunes, todos juntitos. Buscaban la vida y encontraron la muerte, querían una Venezuela con justicia y paz, pero sólo les dieron la paz del cementerio; querían un mundo de hermanos verdaderos, pero los falsos hermanos los pisotearon. Ahora están sembrados en tierra, a ver si por fin nace el mundo que todos soñamos, sin hambre, sin corrupción, sin balaceras, sin homicidios. Una tierra sembrada y florida de misericordia.

Descubrimos nuestros muertos en La Peste. Fuimos desenterrando nuestra esperanza. Cristo Eucaristía se hizo presente: allí estuvo el Cardenal y sus Obispos auxiliares, y muchos sacerdotes, y cristianos sencillos, adoloridos. Y todos iban realizando una obra de misericordia con espíritu de misericordia: enterrar a los muertos. En La Peste ahora se levantan unas tumbas modestas, pero tienen nombre, cruz y flores, como lo piden el corazón de Dios y nuestros corazones.

Parecido fue lo que ocurrió hace dos mil años. Un hombre de Nazaret buscaba la justicia, la hermandad y la libertad de su pueblo. Las autoridades pensaban que hacían una obra de misericordia en favor del pueblo: "Conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación" (Jn 11,50).

No sé si fue un 27 de febrero o un 15 de marzo, pero ¿qué importa? Lo que sí sé, fue que resultó un viernes negro. Lo crucificaron con otros dos ladrones, y querían enterrarlos en una fosa común. Alguien tuvo misericordia y solicitó permiso para una obra de misericordia enterrar a un muerto en su propia tumba.

También aquel lugar tenía un nombre siniestro “Calavera”. Unas mujeres de pueblo fueron a arreglar la sepultura. Y resultó que la mañana estalló de alegría, porque era domingo de Pascua.

Y en La Peste, las mujeres de pueblo, los seminaristas, jóvenes religiosos y religiosas, que se pasan las noches velando para que no les roben sus muertos, también descubren que la noche se hace día, que la misericordia triunfa sobre la crueldad y la miseria.

En los 500 años los indígenas de América Latina nos están pidiendo un evangelio de misericordia. Están asustados por tanta obra de misericordia sin misericordia:

“Nosotros, indígenas representantes de 30 nacionalidades de 15 países de América Latina, reunidos con ocasión de la segunda consulta ecuménica de Pastoral indígena Latinoamericana, en Quito (Ecuador), del 30 de junio al 6 de julio de 1986, en vista de la proximidad de las celebraciones del V Centenario del llamado descubrimiento y de la supuesta primera evangelización de América, manifestamos... Que no hubo evangelización auténtica sino genocidio... usurpación... desintegración... sometimiento ideológico y religioso... Exigimos el cese de una evangelización y pastoral de alianza con el sistema dominante, y el comienzo de una auténtica evangelización, de acompañamiento, diálogo y respeto, frente a nuestras luchas, creencias y prácticas religiosas...”.

“Duro es este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). Jesús les dirá a aquellos discípulos cobardes: “El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que les he dicho son espíritu y son vida” (Jn 6,63). Las obras de misericordia que les he pedido, evangelizar, civilizar, desarrollar, requieren ante todo misericordia. Para que sean evangelio y buena noticia, deben ser compasión: sufrir con los que sufren, llorar con los que lloran.

La nueva evangelización está pidiendo a gritos sentimientos de solidaridad, confraternización, piedad. En una palabra: misericordia. No es lo importante el catecismo. El primer catecismo elaborado en el Continente (obra de Pedro de Córdoba), se inicia no con una buena noticia, sino con una pésima noticia para erizar los pelos del indio más inofensivo: “Todos vuestros antepasados, padres, madres, abuelos, parientes y cuantos existieron y pasaron por esta vida, están en el infierno”.

El catecismo o es evangelio o no tiene razón de ser. En la mirada retrospectiva, no debemos nosotros caer también en una “sin-misericordia” con relación a los que nos precedieron. Yo en aquellas circunstancias y tiempos, seguramente lo hubiera hecho peor. Y hubo verdaderos evangelizadores ante los que hay que descubrirse.

Pero con las luces que el Espíritu sigue derramando en nuestra época, no debemos repetir los errores. Y uno fundamental es tampoco hoy querer escuchar a los indígenas.

Cuando esta tarde rezaba vísperas, me llegó al alma el salmo 122, como si fuera la primera vez que lo recitaba:

*“Como están los ojos de los esclavos
fijos en las manos de sus señores...
así están nuestros ojos
en el Señor, Dios nuestro,
esperando su misericordia.
Misericordia, Señor, misericordia,
que estamos saciados de desprecios;
nuestra alma está saciada
del sarcasmo de los satisfechos,
del desprecio de los orgullosos”.*

Mi súplica, en este atardecer: Líbrame, Señor, de la “misericordia” sin misericordia.

Lo que no tiene perdón

¡Miércoles de ceniza! Nunca había sospechado la importancia que se le da a la imposición de la ceniza en esta tierra de Colombia. Es mi primer miércoles de ceniza en Bogotá, y aparte de la función litúrgica en nuestra iglesia, tuve que desplazarme a varias entidades educativas y laborales para celebrar la liturgia de la ceniza. El teléfono ha estado sonando toda la mañana solicitando los servicios de los sacerdotes para la celebración de este rito.

La ceniza expresa en primer lugar la inconsistencia de la existencia humana. "Eres polvo y al polvo tomarás" (Gn 3,19). "Les retiras su espíritu y retornan al polvo" (Sal 104,29).

Pero sobre todo la ceniza manifiesta la necesidad de la misericordia. "Cayó Judit, rostro en tierra y echó ceniza sobre su cabeza" (Jdt 9,1). "Mardoqueo rasgó sus vestidos, se vistió de sayal y ceniza y salió por la ciudad lanzando grandes gemidos" (Est 4,1). Job pide perdón diciendo: "Me arrepiento en polvo y ceniza" (Jb 42,6). El rey de Nínive, ante la predicación de Jonás, "se cubrió de sayal y se sentó en la ceniza" (Jon 3,6).

El gesto de la ceniza es petición de misericordia. La verdad es que seguramente mucha gente recibe la ceniza como un acto mecánico, o mágico, como una costumbre sagrada, pero de hecho no despierta en ellos ningún sentimiento de perdón o súplica de misericordia. Entonces resulta una acción inútil o superflua.

No es lo importante la ceniza, sino la misericordia. Hay personas que hoy se impusieron la ceniza, pero no recibieron la misericordia. Y hubo quizás muchas más que no pudieron recibir la ceniza, pero con su espíritu de compunción merecieron la misericordia.

Este pensamiento me ha resultado, de pronto, iluminador. Siempre me pareció una incógnita la constatación evangélica de un pecado que no tenía perdón. Porque el Evangelio es evidente como misericordia, como un perdón total y sin excepciones. Y, sin embargo, se afirmaba que un pecado -un pecado concreto- no se perdonaba "ni en este mundo ni en el venidero" (Mt 12,32).

Además me resultaba chocante la contraposición entre el pecado contra el Hijo del hombre y el pecado contra el Espíritu Santo. Los textos evangélicos no tienen vuelta de hoja. "Se les perdonarán a los hijos de los hombres todos los pecados y las blasfemias, cuanto quiera que blasfemaren; pero quien blasfemare contra el Espíritu Santo, no tiene perdón eternamente, antes será reo de pecado eterno" (Mc 3, 28-29). "Todo otro pecado y blasfemia se perdonará a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y quien dijere palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; mas quien la dijere contra el Espíritu Santo no se le perdonará ni en este mundo ni en el venidero" (Mt 12, 31-32). "Todo el que hablare contra el Hijo del hombre, se le perdonará; mas el que blasfemare contra el Espíritu Santo no se le perdonará" (Lc 12,10).

Podemos intuir cierta graduación en la gravedad de los pecados. Todo pecado es ofensa a Dios: ofendemos a Dios cuando ofendemos al prójimo, porque toda persona es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26). Esta primera categoría de pecados, aunque lesionan la gloria de Dios, tienen cierta justificación, porque los hombres no somos Dios, y estamos llenos de defectos que oscurecen la imagen divina. Los hombres nos mostramos a veces orgullosos, violentos, lascivos y se explica que no siempre seamos "amables", dignos de ser amados. En fin, los hombres nos merecemos, por nuestra culpa, ser odiados. Es hasta cierto punto normal. Son pecados que ofenden a Dios, pero que Dios misericordiosamente perdona, porque conoce que estamos hechos de barro y ceniza.

Hay otros pecados que van directamente no contra cualquier hijo de hombre -todos pecadores y vulnerables- sino contra el mismo Hijo de Dios. "En él no hay pecado" (1Jn 3,5). Esta ofensa contra el Hijo de Dios es mucho más grave porque Jesucristo es la imagen visible del Dios invisible (Col 1,15). Quien ve al Hijo, ve al Padre (cf. Jn 14,9).

No obstante, también este pecado contra el Hijo tiene perdón. Porque el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, se revistió de humildes apariencias, y también los humanos nos llamamos a engaño con relación a su persona: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34).

A lo largo de la historia hubo muchas personas que conocieron a Cristo y lo reconocieron como Hijo de Dios. Otras lo conocieron pero no lo reconocieron: su pecado puede ser perdonado. Es el pecado contra el Hijo del hombre, del que habla Jesús en los textos citados. Porque más allá de la presencia corporal, más allá de la existencia terrena de Cristo, se encuentra la presencia de su Espíritu.

Hay muchos seres humanos que jamás conocieron a Cristo ni oyeron hablar de él. Pero todos estamos bajo la acción de su Espíritu, que desborda los límites físicos y geográficos de la Iglesia. Tenemos excusa de no conocer a Cristo, pero no tenemos excusa por no seguir al Espíritu de Cristo.

Este sería el vértice en el escalafón de los pecados. Después de los pecados contra los hijos de los hombres, después de los pecados contra el Hijo del hombre, emerge el pecado contra el Espíritu Santo. Este pecado no tiene perdón.

La afirmación es gravísima. Como creyentes, nos basta la palabra de Jesús. Pero como teólogos, podemos preguntarnos por qué no tiene perdón.

Volvamos al ejemplo de la imposición de ceniza. Que uno no reciba la ceniza, resulta intrascendente. Lo importante es que pida misericordia. Estamos así cumpliendo la voluntad de Dios.

Para mayor claridad, establezcamos un paralelismo sencillo:

Imposición de ceniza = Reconocimiento de Cristo.
Petición de misericordia = Aceptación del Espíritu.

Que uno en su vida nunca haya recibido la ceniza, no tiene la menor importancia. No es de necesidad de medio para salvarse, como decían los escolásticos.

Que uno en su vida nunca haya querido pedir misericordia ni perdón a Dios, es de importancia trascendental para la vida eterna.

En consecuencia, siguiendo nuestro paralelismo clarificador, el pecado contra el Hijo del hombre puede ser perdonado; el pecado contra el Espíritu Santo no tiene perdón.

Aquí estamos tocando lo esencial del mismo Evangelio. No son perfiles anecdóticos. Según lo que venimos meditando en torno a la misericordia, ésta es la quinta esencia del evangelio, el mensaje de Jesucristo. No nos podemos salvar con nuestro esfuerzo, sino sólo por gracia. Sólo nos salvamos por la misericordia de Dios. Luego, quien no acepte la misericordia divina, no tiene nada que hacer. Tantos millones de personas antes de la venida de Cristo, no pudieron conocerlo. Ni tantos millones de contemporáneos lo conocieron, sin culpa alguna. Y después, siguen siendo millones y millones las personas que no pueden conocer a Cristo. La mayoría de la humanidad no ha conocido a Cristo.

El Concilio Vaticano II establece la posibilidad de salvación eterna no sólo para los cristianos "sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible... En consecuencia debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual" (GS 22).

En definitiva, lo que no se perdona es el rechazo de la misericordia, que es el rechazo de la gracia, o sea, el pecado contra el Espíritu Santo.

Este principio fundamental, el caso único que cierra las puertas de la vida eterna venturosa, tiene una serie de consecuencias prácticas espeluznantes. Rechazar la misericordia, apelar al autoritarismo, aferrarse a la ley y al rigor, considerarse autosuficientes sin nada que recibir del hereje, del no-cristiano, del pecador, del ignorante, es situarse en la línea de resistencia al Espíritu. Es pretender enfrentar al Hijo del hombre y al Espíritu.

"Muchos anticristos han aparecido" (1Jn 2,18). Yo diría que no debiera extrañarnos. Pero Juan apela a lo fundamental, al Espíritu: "Si permanece en ustedes lo que han oído desde el principio, también ustedes permanecerán en el Hijo y en el Padre" (1Jn 2,24). Es decir, si permanecen en el Espíritu, permanecerán en el Hijo y en el Padre. No hay antagonismos.

Traduzco en lenguaje inteligible: si permanecen en la misericordia, permanecerán en el Hijo y en el Padre, en el Dios Trinidad que nos reveló Jesucristo.

Asesinando flores y esperanzas

Comenzaba mis reflexiones sobre la misericordia una tarde lluviosa de Bogotá. Hoy Bogotá se está muriendo de sed. Padecemos una sequía espantosa, y ha comenzado un racionamiento de luz y de agua.

A falta de agua del cielo, la policía ha comenzado a regar con glifosato las plantaciones de amapolas, para erradicarlas del suelo colombiano. Es la amenaza de una nueva droga para América y el mundo.

No voy a defender la droga. Pero el glifosato ha despertado una fuerte polémica entre el Gobierno y los ecologistas. Estos denuncian con energía: No son únicamente amapolas las que mueren; se asesina toda la vegetación se matan muchas esperanzas.

La esperanza tiene que ver con la misericordia. La parábola del trigo y la cizaña me ha fascinado siempre, por ese voto de confianza a la mala hierba. Los siervos son los partidarios de la radicalidad, de la violencia, de la defensa de la bondad a la fuerza (¿pero hay bondad sin el riesgo de la libertad?), del punto y raya: "¿Quieres que vayamos a arrancarla?" (Mt 13,28).

La afirmación de que es preferible un culpable vivo a un inocente muerto no es pura jurisprudencia. Es Evangelio. Lo dice el amo de la parábola, que representa a Dios: "No; no sea que al recoger la cizaña, arranquen a la vez el trigo. Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega" (Mt 13, 29-30).

Mi exégesis a esta parábola me ha ocasionado más de algún disgusto. Nada serio, pero disgusto al fin. Hay muchos partidarios de la selectividad antes de tiempo.

Repudiar la misericordia es negar la esperanza. Estoy convencido de que la esperanza sólo es posible desde la misericordia. "Mi pequeña

esperanza es la que todas las mañanas me da los buenos días”, decía Charles Peguy.

¿En qué podríamos apoyar nuestra esperanza? ¿En nuestras obras, en nuestros méritos? Cuando Cristo proclamó que el publicano, apelando a la misericordia por ser pecador, salió justificado (Lc 18,13), derribó el principio judío del mérito, la bandera principal del fariseísmo.

Nuestra esperanza puede subsistir gracias a la misericordia.

Voy a tratar de explicarme.

Desde que el hombre renegó de ser humano y hermano, brota un mundo dividido. El pecado de Adán, el de Cain, el diluvio, la torre de Babel, la esclavitud de Egipto, la cautividad de Babilonia son otras tantas escenificaciones de la división de la humanidad. Es la DISCORDIA, división de corazones.

Dios tiene que reconstruir el mundo desde sus cimientos. El pueblo dividido debe caminar hacia la CON-CORDIA, la unión de corazones. Esto se vislumbra en la descripción de la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén: “La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma... Todo era común entre ellos” (Hch 4,32).

Era una realidad total, sin dicotomías. El elemento espiritual se apoyaba en el material: comunidad de bienes fundamentaba la CON-CORDIA. Pero ninguna situación histórica es definitiva. Somos frágiles y la concordia también resulta frágil. En Seguida se nos habla de cómo se vuelve a la DIS-CORDIA: “Hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana” (Hch 6,1).

¿Por qué se vuelve a la discordia? Por falta de misericordia: No hay lástima para las viudas helenistas. Es el drama de todas las épocas.

La Tierra Maldita es la tierra de la servidumbre. Evoquemos la esclavitud de Egipto: hay una clase dominadora, idólatra, poderosa, que esclaviza a los hebreos. Es la diferencia clásica de Ricos y Pobres. El panorama es de dis-cordia. El hombre no es humano ni hermano.

La Tierra Prometida, en cambio, es la tierra en la que Dios es Padre (no hay lugar para ídolos) y todos viven como hijos de Dios. No hay división de Ricos y Pobres, sino que todos deben vivir como hermanos. El panorama es de concordia.

¿Cuál es el camino a recorrer entre la Tierra Maldita y la Tierra Prometida? El desierto. Para mantenernos en la analogía, entre la tierra de la DIS-CORDIA y la tierra de la CON-CORDIA, no hay otro camino que el de la MISERI-CORDIA.

La misericordia nos abre a la esperanza, al futuro.

El libro del POPOL VUH, de los quichés de Guatemala, nos describe a su manera este camino hacia el Reino de Dios, que es un mundo de concordia y hermandad.

Después que surgieron los animales, éstos no reconocían a los dioses, por lo que decidieron crear a un ser superior que pudiera dar gloria a Dios. El primer hombre fue creado de barro. Pero el hombre de barro era flojo, volvía la cara sólo hacia un lado. Dotado de lenguaje, carecía de inteligencia. El hombre de barro se deshizo en el agua sin acertar a ponerse de pie.

En un segundo intento, los dioses fabrican al hombre de corcho. Pero el hombre de corcho no tiene inteligencia ni corazón. Vino un diluvio que acabó con el hombre de corcho.

Ahora los dioses van a acertar, fabricando al hombre del maíz. Fueron los hombres perfectos. Elevaron su mirada y agradecieron a la divinidad la existencia. El mundo quedó completo y habitado.

Es un bello simbolismo el hombre del maíz. El maíz es alimento, que da vida y hace vivir. ¿Cómo no recordar, leyendo esta narración, a Dios que se hace hombre y alimento, para que tengamos vida y la tengamos en abundancia? (Jn 10,10).

La teología de la misericordia penetra todos los dogmas de nuestra fe. Por misericordia, Dios crea el mundo y en él a los hombres. Por misericordia los redime del pecado y de la discordia. Por misericordia Dios se hace hombre. En un mundo dividido entre ricos y pobres, Dios por misericordia hace su opción por los pobres. Por misericordia,

nosotros hemos de solidarizarnos con los empobrecidos. Por misericordia, funda la Iglesia, que ha de ser para el mundo el signo de la concordia. Por misericordia instituye la Eucaristía, para quitarnos el corazón de piedra y darnos un corazón de carne (cf. Ez 36). Nos ofrece a María como Madre de misericordia. Y finalmente todos seremos juzgados por la práctica de la misericordia. Nuestra salvación será "en esperanza" (Rm 8,24) de la misericordia divina, ya que prometió la misericordia a los misericordiosos (Mt 5,7).

La misericordia es la que realmente nos humaniza. Y las obras de misericordia, mientras respondan verdaderamente a un corazón compasivo, darán sentido a nuestra vida.

La misericordia es también la que realmente nos hace partícipes de la naturaleza divina (2P 1,4) porque actuando misericordiosamente, seguimos la práctica del buen Dios que ama y siempre perdona. Sólo el pecado contra el Espíritu no tiene perdón, porque precisamente es negarse a la misericordia que se nos ofrece gratuitamente.

El poeta Miguel Hernández gritaba la amenaza del hombre contra el hombre. Porque sin misericordia el hombre se animaliza: "Ayudadme a ser hombre, no me dejéis ser fiera".

Te lo pido, Señor, en esta tarde de sequía, cuando los hombres riegan glifosato matando amapolas y asesinando esperanzas. Ayúdanos a ser humanos, no nos conviertas en fieras. A nosotros, pobres pecadores hijos de Eva, no nos niegues tu misericordia. Y permítenos caminar, desde el país de la discordia a la tierra prometida de la concordia sin males, sembrando flores y haciendo germinar la esperanza misericordiosa.

Vivir la misericordia no debe ser una utopía irreal. Debe ser la esperanza de los seguidores de Jesús.

Para amanecer mañana

Vivir la misericordia es un desafío. Nunca se termina la misericordia, porque el amor que constituye su núcleo, es de suyo eterno: "El amor nunca pasará" (1Co 13,8).

No puedo cerrar mi reflexión sobre la misericordia. Sobre todo, no puedo cerrar un vivir la misericordia, porque cada día, más que un fin, es un comenzar de nuevo.

Mi pregunta en esta página es: ¿Cómo puedo vivir mañana la misericordia? Que tu misericordia, y la mía, no sea sólo un pretérito pasado, sino un amanecer para mañana.

En la liturgia del oficio de lectura leía hoy el pensamiento de un gran Papa, San León Magno:

"Junto al razonable y santo ayuno, nada más provechoso que la limosna, denominación que incluye una extensa gama de obras de misericordia, de modo que todos los fieles son capaces de practicarla, por diversas que sean sus posibilidades. En efecto, con relación al amor que debemos a Dios y a los hombres, siempre está en nuestras manos la buena voluntad, que ningún obstáculo puede impedir. Los ángeles dijeron: "Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad"; con ello nos enseñaron que todo aquel que por amor se compadece de cualquier miseria ajena, se enriquece no sólo con la virtud de su buena voluntad, sino también con el don de la paz.

Las obras de misericordia son variadísimas, y así todos los cristianos que lo son de verdad, tanto si son ricos como si son pobres, tienen ocasión de practicarlas a la medida de sus posibilidades; y aunque no todos puedan ser iguales en la cantidad de lo que dan, todos pueden serlo en su buena disposición" (Sermón 6 sobre la cuaresma).

A veces nos preguntamos cómo simplificar nuestra vida espiritual, cómo reducir la variedad de actos a la unidad. Yo propongo decididamente vivir la misericordia. No tanto una práctica anecdótica de obras de

misericordia -ya nos dijo San Pablo que puede haber obras de misericordia sin verdadera misericordia (cf. 1Co 13,3)- cuanto dejarse impregnar de la misericordia y hacer que todo provenga de la misericordia.

“Ama y haz lo que quieras”, aconsejaba San Agustín. Mi traducción personal: “Vive la misericordia y haz lo que te dice la misericordia”.

Las tentaciones contra la misericordia nos bombardean por todas partes. El mundo no ha optado por la misericordia, sino por la violencia, la militarización, el rigor. Dentro de la Iglesia, muchos piensan, contagiados de este ambiente mundanal nada cristiano, que la solución es la frialdad, la inmisericordia, la aplicación estricta de la ley, caiga quien caiga. Hay que desenmascarar esa actitud como negación del Evangelio. Hay que nadar contra corriente. La misericordia requiere, para ser practicada, un temple maduro, un gran corazón.

La triste realidad de nuestro mundo, la vio así el gran poeta

Nicolás Guillén:

*“Van a fusilar
a un hombre que tiene
los brazos atados.
Hay cuatro soldados
para disparar.
Son cuatro soldados
callados,
que están amarrados,
lo mismo que el hombre
amarrado que van a matar”.*

(“FUSILAMIENTO”)

No tener misericordia es no ser libre. El inmisericorde está amarrado, lo mismo que su víctima. En el Calvario el hombre verdaderamente libre, aunque clavado en la cruz, era el misericordioso: “Padre, perdónales” (Lc 23,34).

Para amanecer mañana, un espíritu de misericordia. Para el calor de mediodía, la sombra de la misericordia. Y para el atardecer de la vida, el consuelo de la misericordia.

“Luz: cuando mis lágrimas te alcancen, la función de mis ojos ya no será llorar, sino ver. Porque al fin, toda la luz de la tierra la verá un día el hombre por la ventana de una lágrima” (León Felipe).

Esa es mi esperanza: únicamente tu misericordia, Padre.

INDICE

Introducción: ¡A volar!	5
Con lluvia y con sol	9
¿Pecadores y enfermos?	12
Un camino de libertad	16
¡Pobres los pobres!	20
Habló por los profetas	27
La misericordia se hizo humana	31
Llorar con los que lloran	36
A corazón abierto	41
Quiero misericordia	46
El pecado del fariseo	53
Se buscan samaritanos	57
La misericordia nos juzga	61
Opción misericordiosa	67
Misericordia y eficacia	71
Semilla de unidad	75
"Misericordia" sin misericordia	80
Lo que no tiene perdón	84
Asesinando flores y esperanzas	89
Para amanecer mañana	92